LOS PIONEROS DEL CAPITAN YANG

Los pioneros del Capitán Yang

Cuento de Gou Shui

Dibujos de Fan Yi-sin

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PEKIN 1958

Este libro de dibujos narra un episodio de la lucha anti-japonesa que mantenía el Ejército Aliado del Nordeste de Resistencia al Japón bajo la dirección del Partido Comunista de China.

El Ejército Aliado de Resistencia al Japón tiene un destacamento de guerrilleros, y éste cuenta por su parte con una brigada de pioneros de dos países, de China y de Corea. En el cuento se relata cómo, al igual que sus padres y hermanos, los pioneros mantuvieron una lucha heroica y tenaz contra los enemigos durante la dominación brutal del Nordeste de China por el imperialismo japonés. En la lucha, los pioneros vencen toda suerte de dificultades.

Printed en the People's Republic of China

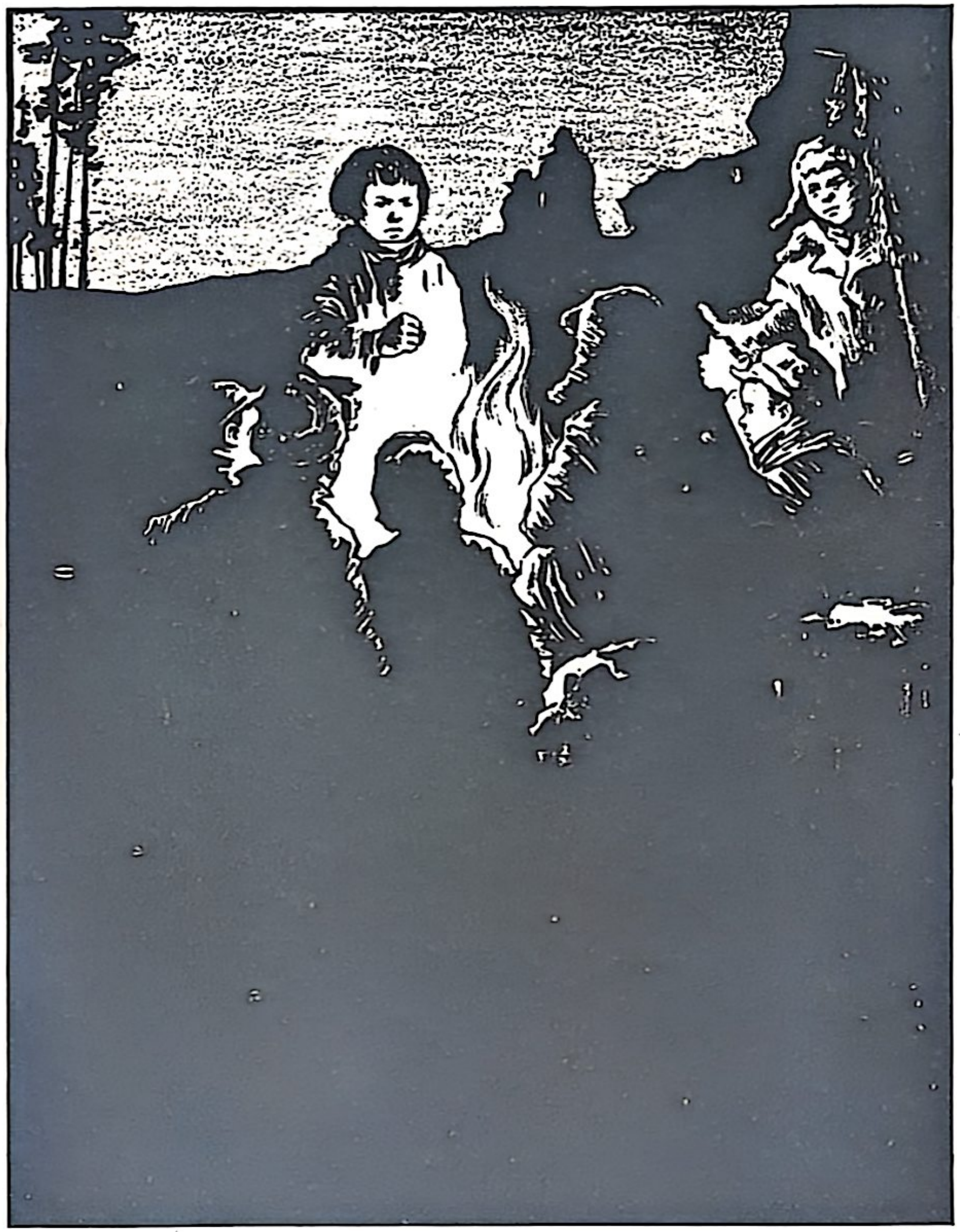
Bajo la dirección de Yang Ching-yui, capitán del Primer Ejército del Ejército Aliado del Nordeste de Resistencia al Japón, luchaba un grupo de guerrilleros al mando de Chang Tse-jo. Chang iba siempre por doquier acompañado de una niña morenita, a quien todo el mundo creía hija suya.

Morenita, en realidad, no era hija de Chang. Era coreana. Su nombre verdadero era Tsui Jai-gu. Su madre murió cuando ella era muy pequeña. Al llegar los invasores japoneses, su padre, Tsui Ye-yung, que durante años venía labrando las tierras de un terrateniente de Yenbien, ingresó junto con su hija en el Ejército Aliado de Resistencia al Japón.

El otoño de 1937, Tsui Ye-yung, entonces comandante de una compañía, fue muerto en un combate. Antes de exhalar el último suspiro, pidió al jefe Chang, íntimo amigo suyo y compañero de armas, que adoptara a Morenita.

Nadie habló a Morenita de la muerte de su padre; le decían que estaba con el capitán Yang. Transcurrió un año, sin que la niña tuviera noticias de su padre, y entonces preguntó al jefe Chang por él.

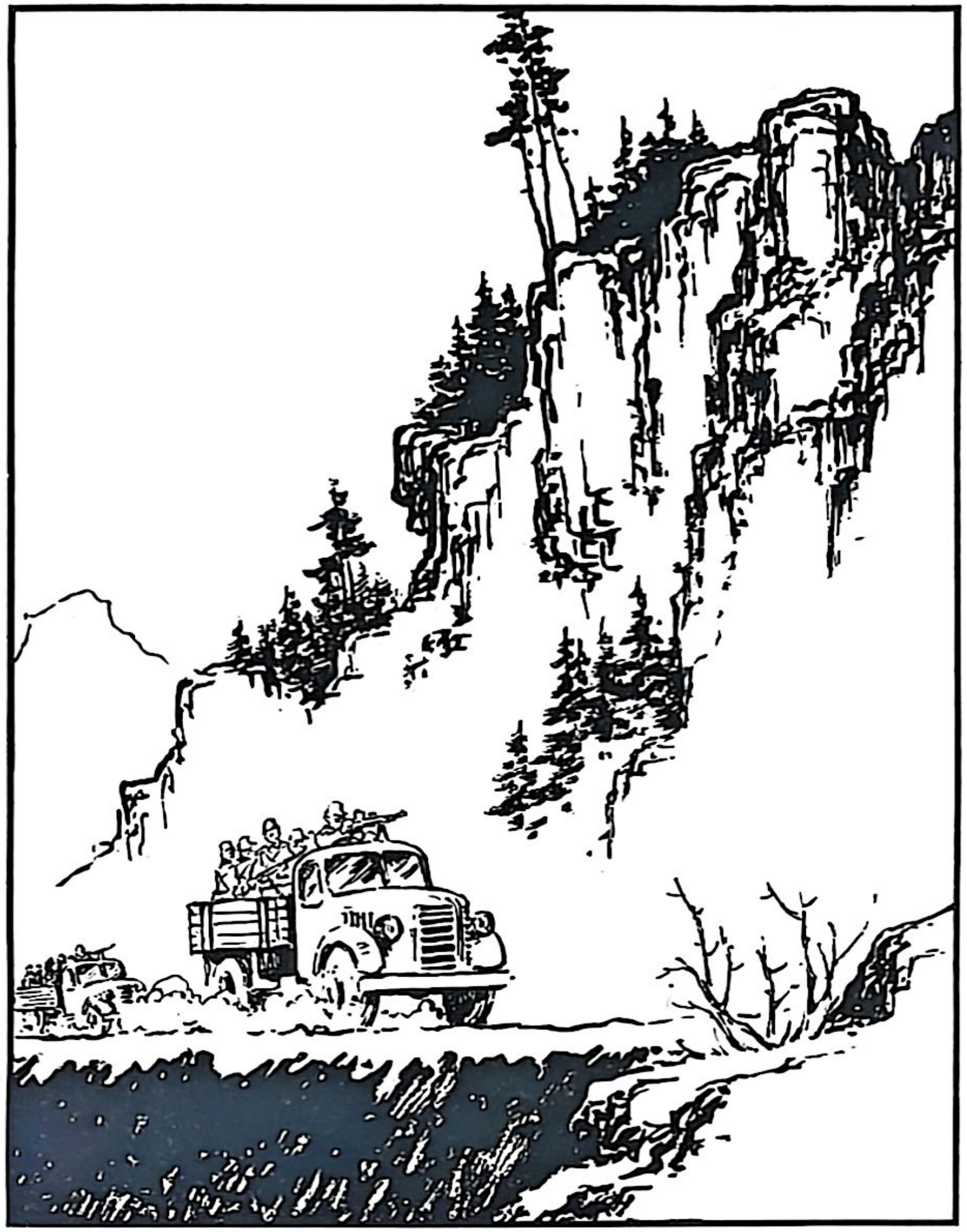
Chang se encontró en un dilema y no sabía qué contestar. Desde la muerte del comandante Tsui, pensó el jefe Chang, ha transcurrido un año; ya es hora de decírselo. Y le dijo a Morenita la verdad.



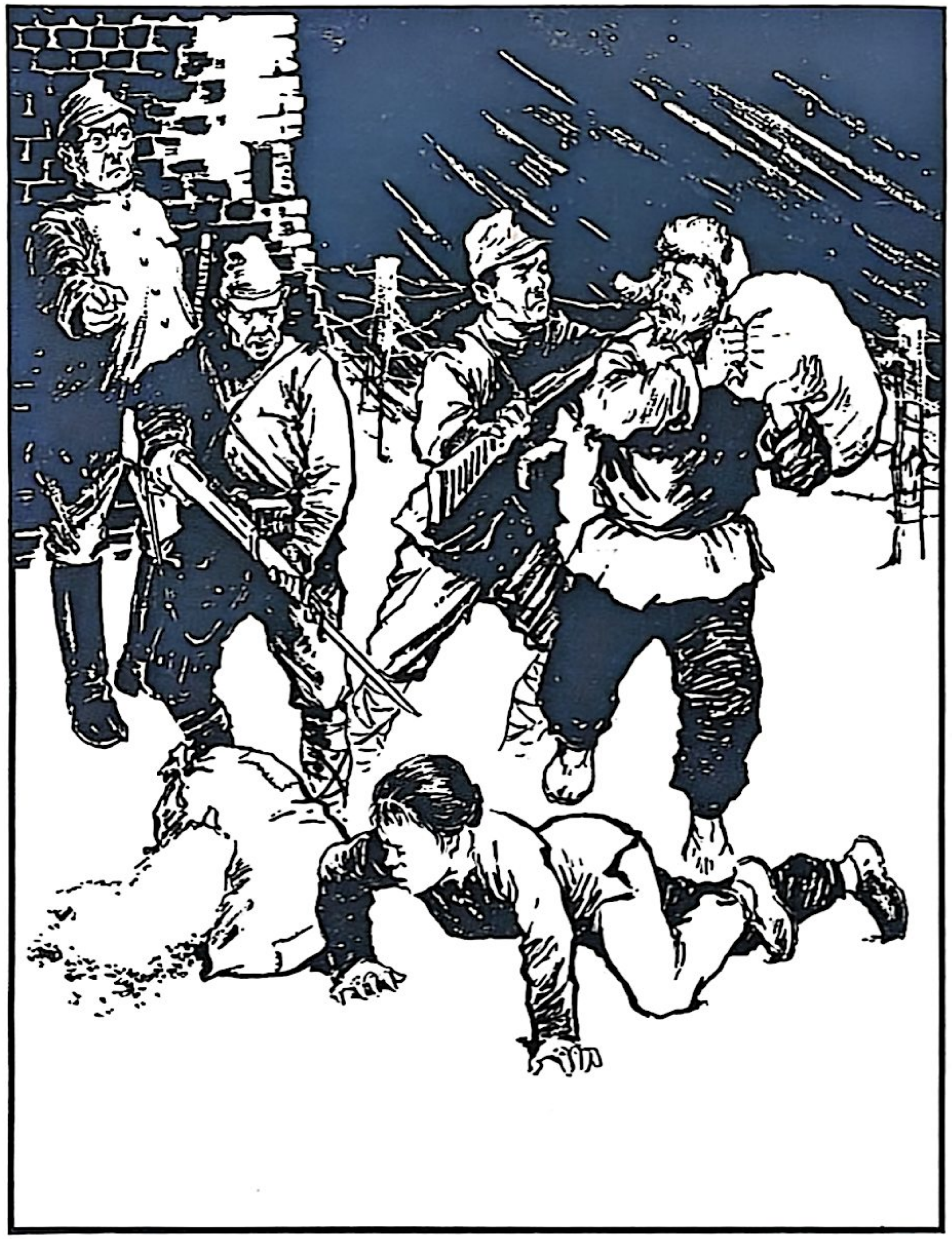
Aquella noche, ni Morenita ni el jefe Chang cenaron. Ching Feng-shu, jefe de los pioneros, se enteró de la causa de su disgusto y dijo a todos los pioneros que debían vengar la muerte del padre de Morenita.

Desde entonces, Morenita se preparó con tenacidad y se hizo una tiradora excelente. Quería hacerse mayor de la noche a la mañana con el fin de vengar a su padre.

En 1939, los japoneses llevaron a aquella región a unos ocho mil soldados, tratando de romper las relaciones del Ejército Aliado de Resistencia al Japón con el pueblo. Incendiaron las aldeas pequeñas y obligaron a los vecinos a concentrarse en los pueblos mayores.



En el invierno de 1939, los soldados japoneses construyeron una carretera cerca de Sungshupo, región conocida por las actividades guerrilleras. Se veían frecuentemente camiones que patrullaban los bosques para aislar a los guerrilleros de las masas y arrebatarles los víveres y las municiones.



Alrededor de Sungshupo se habían construido numerosos nidos de ametralladoras. Registraban a los campesinos. Si descubrían que alguien suministraba víveres a los guerrilleros lo fusilaban inmediatamente. De ese modo, a los vecinos les era imposible enviar cereales a los guerrilleros.

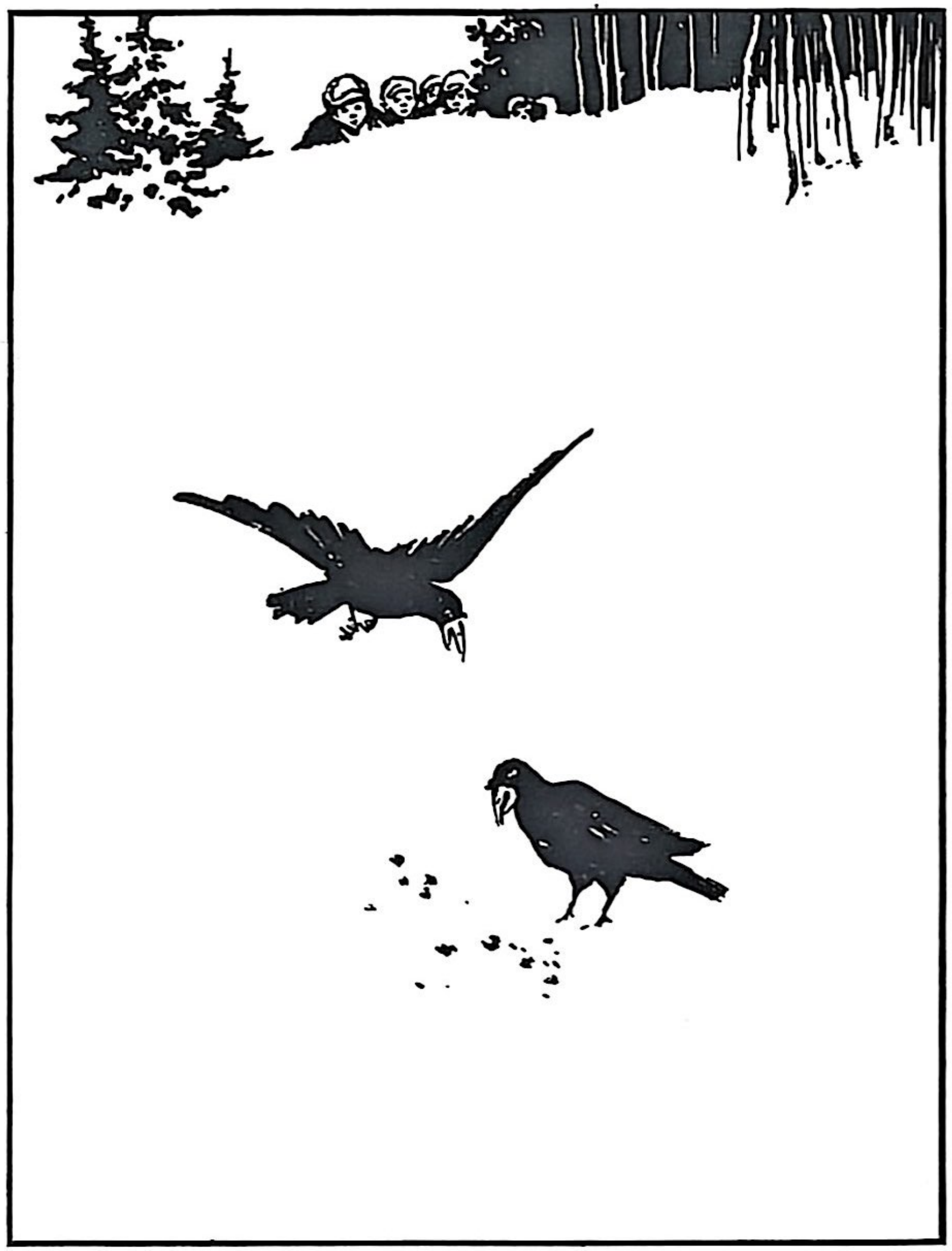
En invierno, en Sungshupo había muchos cuervos. Los pioneros solían cazarlos para comérselos. Pero, ese año no tenían con qué atraer los pájaros. Miraban ansiosamente a los cuervos que volaban, mas nada podían hacer.

Un día, Ching Feng-shu, jefe de los picneros, estaba fuera. Morenita expuso su plan a un chico llamado Gordito.

Gordito fue a ver a Chao. el cocinero-jefe. Le dijo que Morenita estaba enferma y quería un panecillo de maíz. Chao le dio uno y le dijo que si a Morenita no le apetecía, le haría un poco de sopa de arroz.

Al regresar con el panecillo de maíz, Gordito gritó: —Morenita es verdaderamente inteligente. Ya tenemos cebo para los cuervos. Los pioneros se pusieron muy contentos.

Barrieron la nieve y desmigajaron en el suelo el pan de maíz. Con ramitas en las manos, se escondieron tras una elevación del terreno.

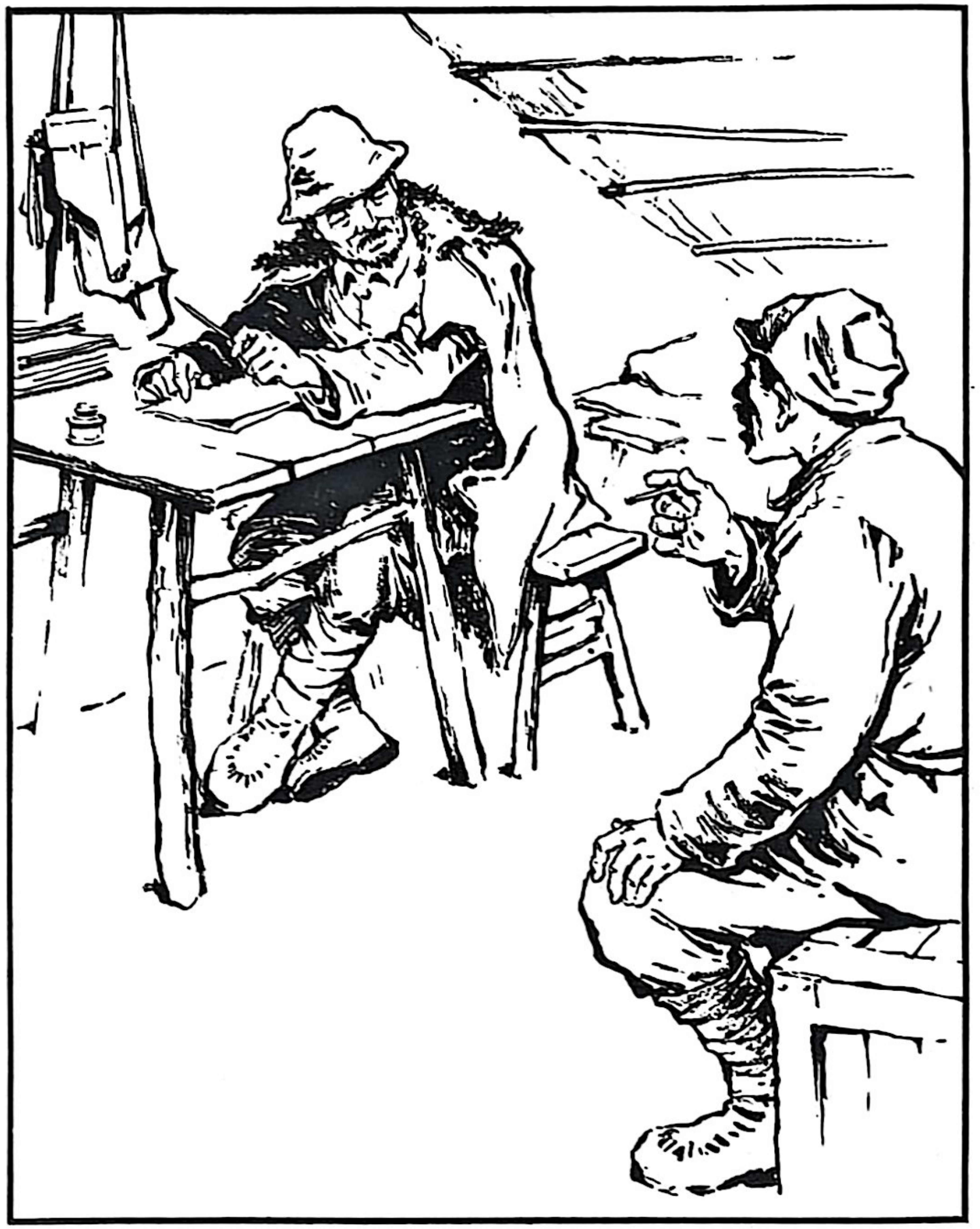


Al poco rato pasaron dos cuervos y empezaron a picar las migajas del pan.

Los chicos cayeron sobre ellos y los capturaron.

Encendieron una hoguera y los asaron. Mientras saboreaban su presa, discutieron los planes de cómo cazar al día siguiente más pájaros aprovechando el resto del panecillo.

Precisamente en ese momento, Chao, el cocinero-jefe, y Ching Feng-shu pasaron por casualidad por allí y oyeron las conversaciones y risas de los chicos. Se dieron cuenta al punto de lo que había sucedido.



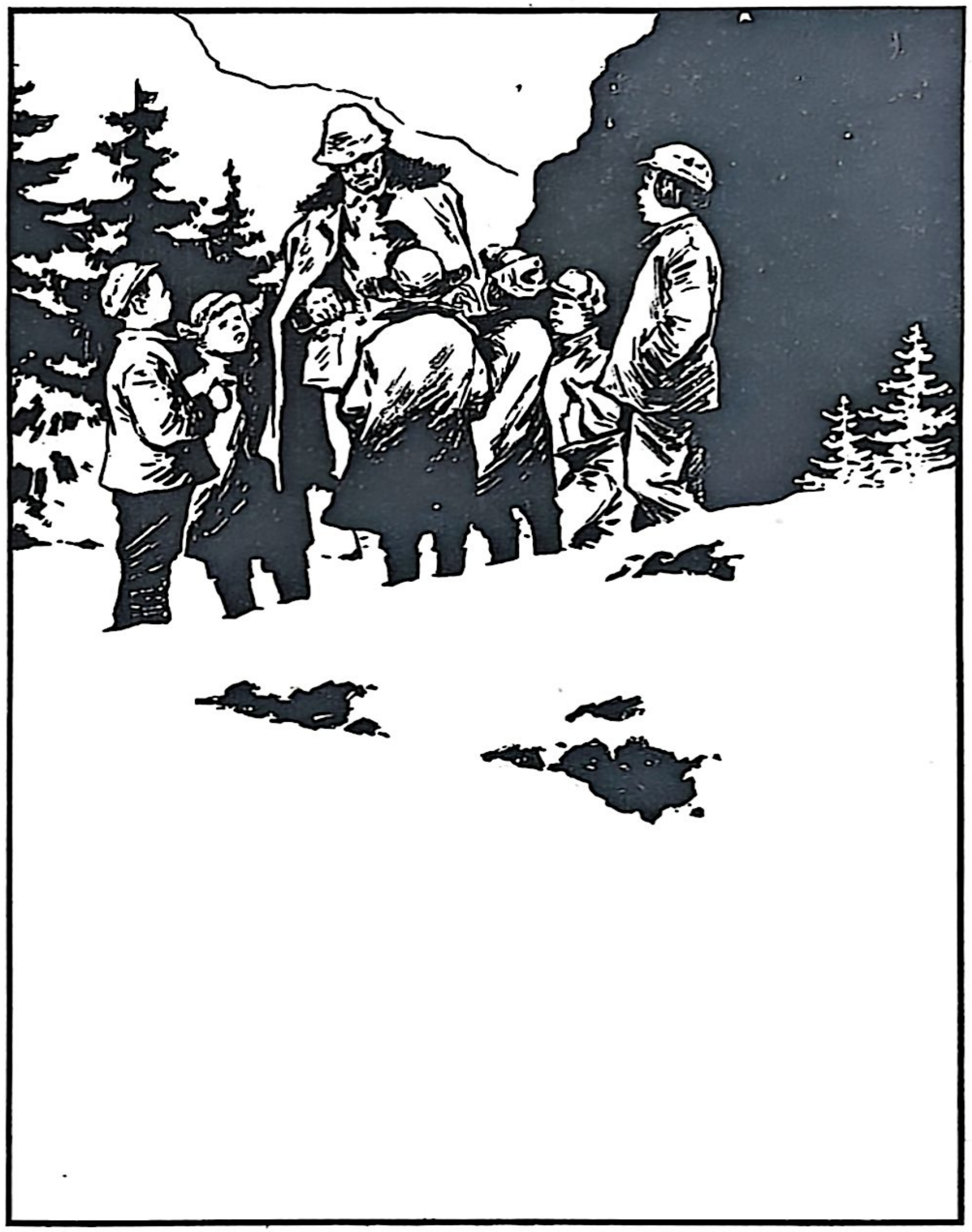
Entonces, Chao contó todo al jefe Chang.

Una vez terminado su festín, los chicos se encaminaron a sus habitaciones. Mas el jefe Chang los detuvo.
—Vaya, —dijo—. Puesto que todos estáis aquí y falta todavía un rato para la comida, vamos a tener una clase.

A todos los chicos les gustaba escuchar la conversación de Chang; por eso, se reunieron al punto en torno suyo. —¿Quién puede decirme cuál es el primer artículo del reglamento de los pioneros? —preguntó Chang. Obedecer las órdenes —contestó Gordito anticipándose a los demás.

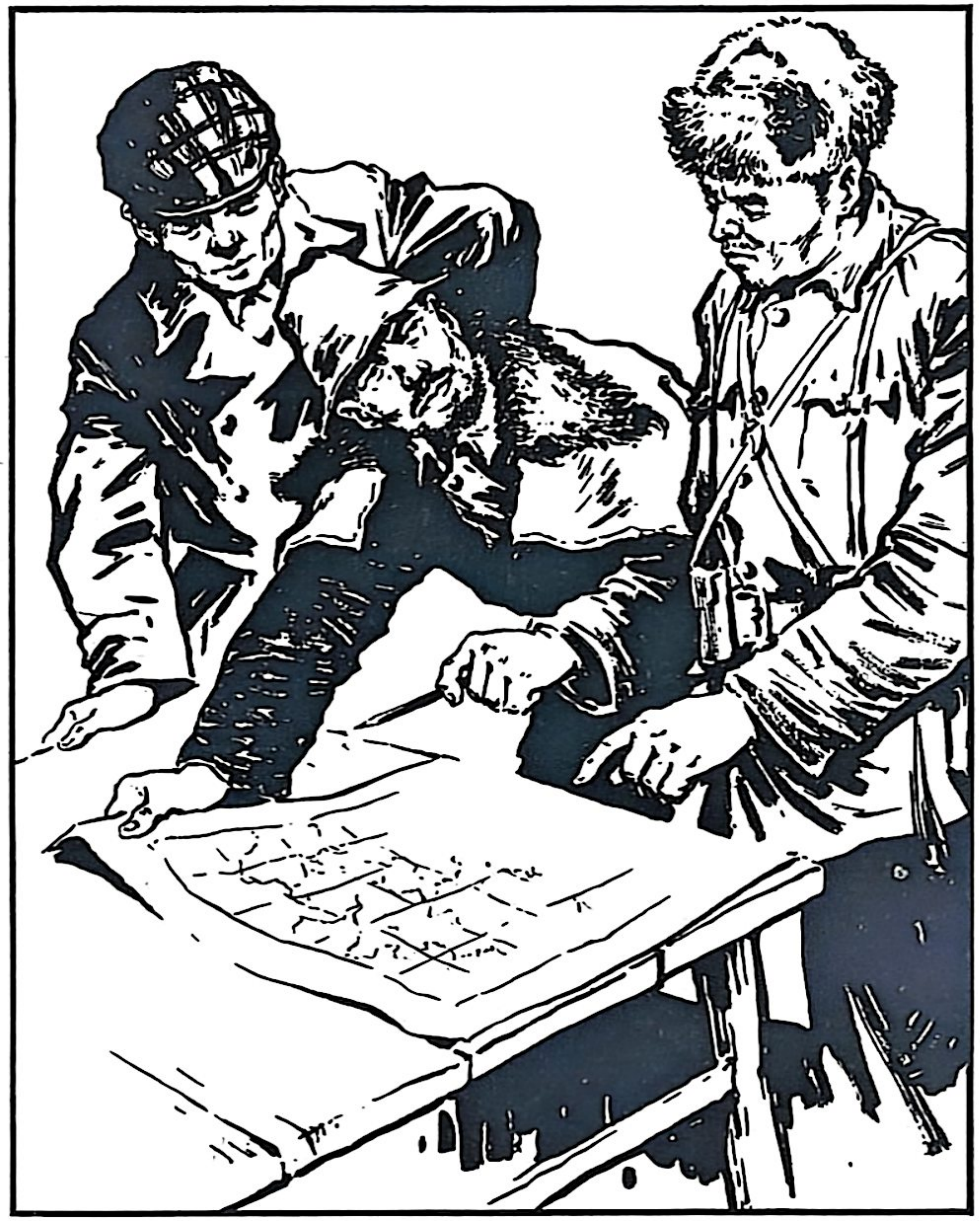
—¿Quién sabe el segundo artículo? —preguntó Chang de nuevo. —Amar al pueblo —respondieron todos al mismo tiempo. —Está bien —dijo. Chang —¿Qué artículo del reglamento se infringe al cazar cuervos con los alimentos que nos han enviado nuestros amigos los campesinos?

Los niños vieron que el jefe Chang sabía lo que habían hecho. Todos bajaron la cabeza en silencio. El jefe Chang sabía que los chicos eran buenos y les explicó luego la razón de por qué la comida nunca debía ser derrochada.



Los chicos se acordaron de sus parientes y de sus hogares. Levantaron la cabeza y se miraron unos a otros. —¿Cuándo vamos a luchar contra los japoneses? —preguntaron todos.

En este instante, Li Fu, un viejo enlace del capitán Yang, llegó con una orden de éste disponiendo que el jefe Chang emprendiera inmediatamente un ataque contra el enemigo a fin de obtener víveres para sus hombres

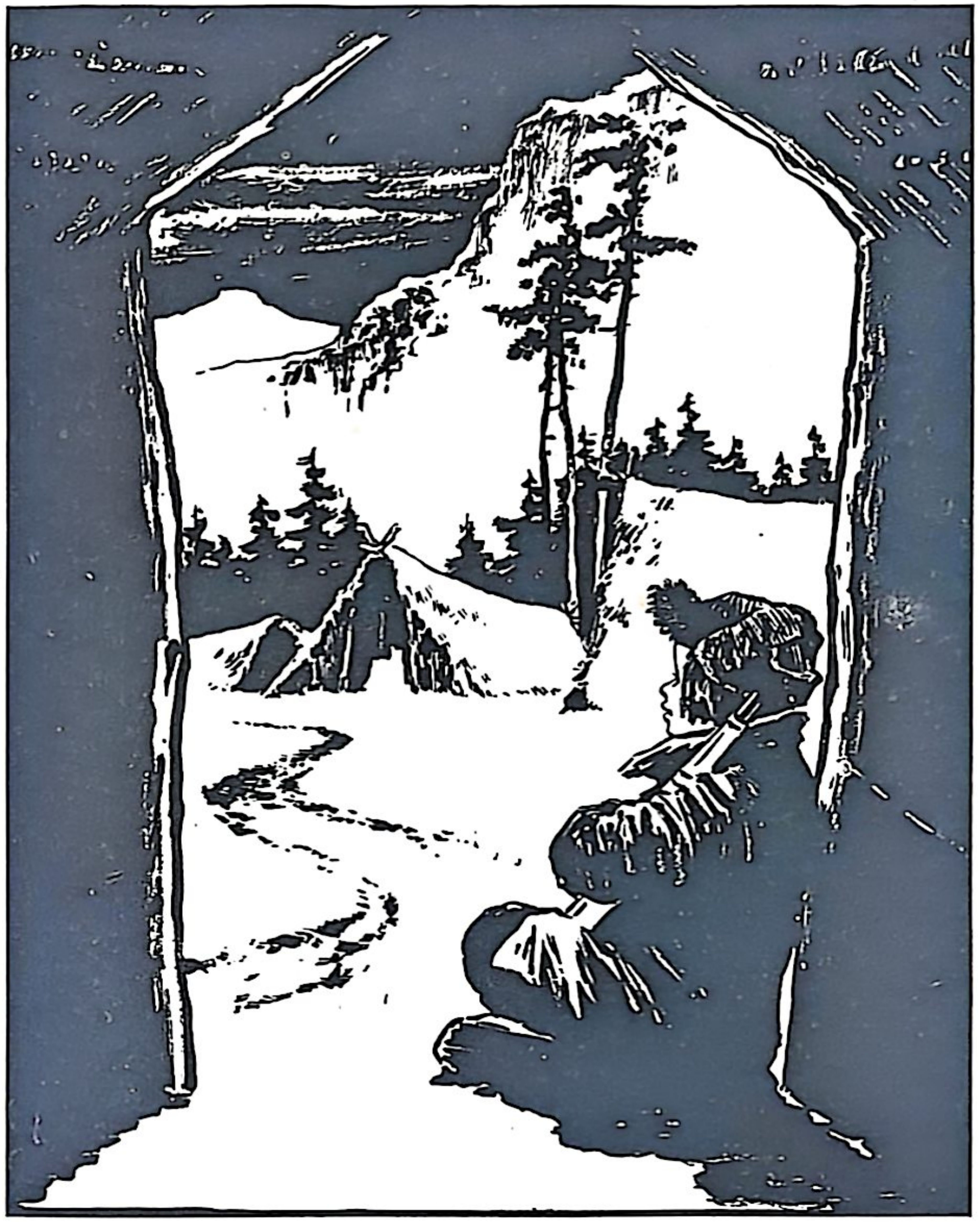


Al recibir la orden, el jefe Chang envió exploradores a recoger información. Al mismo tiempo, examinó con dos comandantes de compañía su plan para obtener víveres. Decidieron asestar por la noche un rotundo golpe al enemigo.

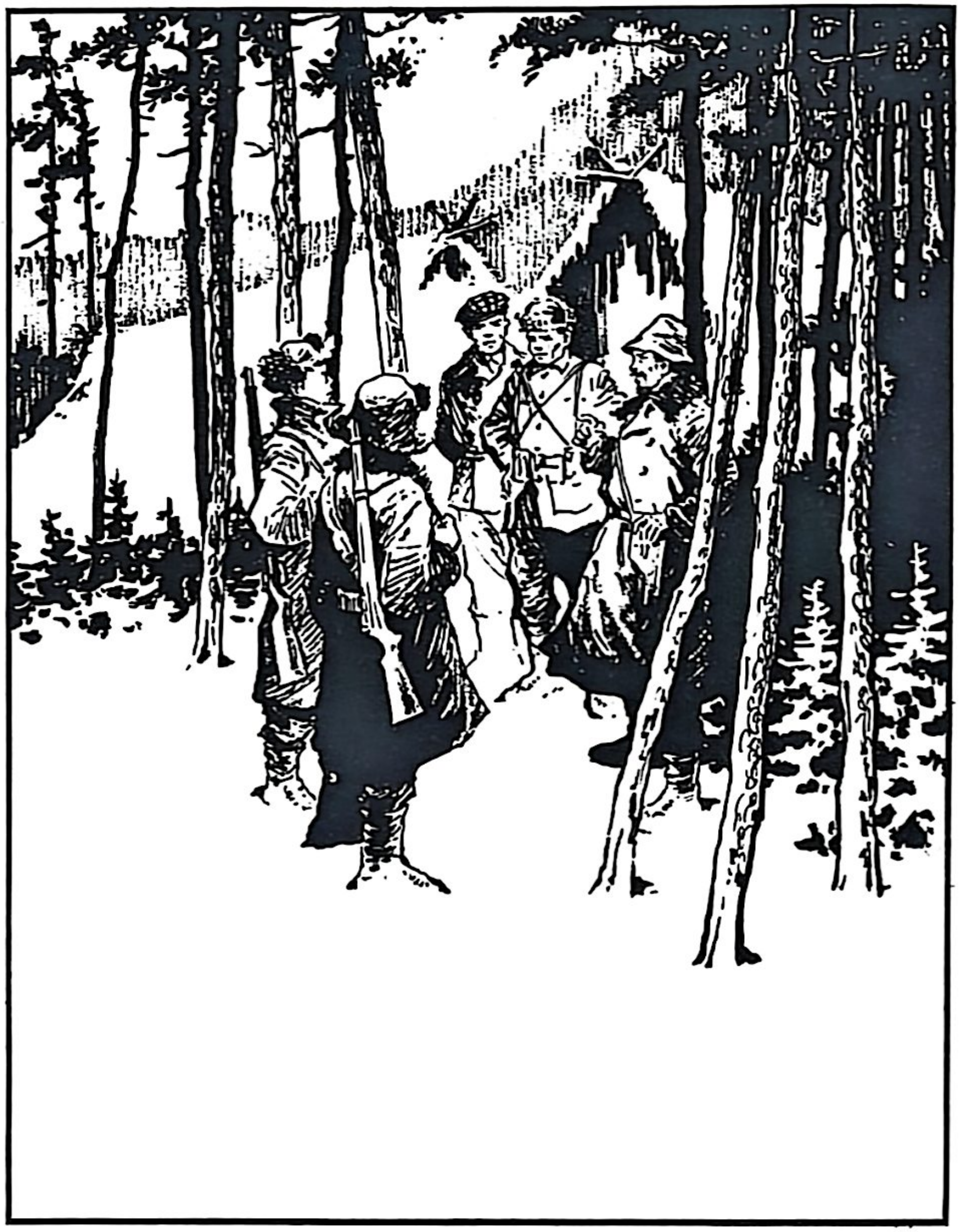
A Gordito le ordenaron participar en el ataque. Estaba muy contento. Lo primero que hizo al entrar en el cuarto fue coger el fusil y limpiarlo.

Morenita comprendió que algo había sucedido. Se acercó a Gordito y le ayudó a ponerse la cartuchera. Luego, le preguntó si se preparaba alguna acción.

Gordito no contestó nada. Habiendo fracasado en su intento de obtener alguna información de Gordito, Morenita se sentó y empezó a limpiar su fusil — ¿Para qué limpias tu fusil? — le preguntó Gordito. — No lo sé — dijo Morenita —, pero pienso que es mejor tenerlo preparado por si hay caso.



Anocheció. Morenita se sentó a la puerta con el fusil al brazo, fijando los ojos en el cuarto del jefe Chang.



Llegaron los exploradores e informaron de que en Chinguotun había solamente una compañía de guardias del ejército fantoche. Como estaba nevando, el jefe Chang pensó que el lugar podría ser tomado fácilmente con un ataque relámpago. Por eso, decidió atacar aquella misma noche.

Los niños vieron salir al jefe Chang con unos 150 hombres. Gordito iba con ellos. Les dio envidia.

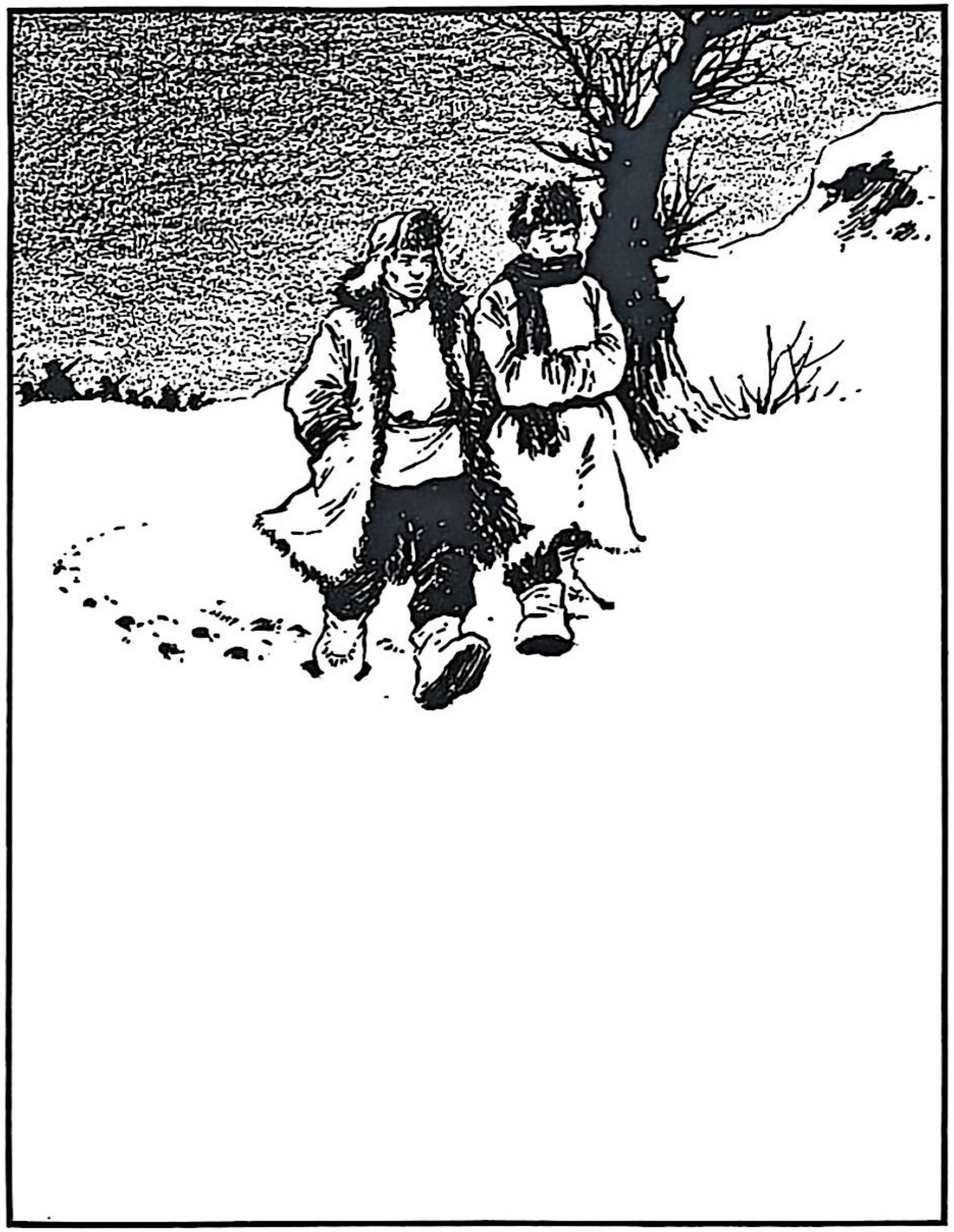
Nevaba cada vez más. Los guerrilleros caminaron con dificultad al salir del bosque. Cada paso suponía un esfuerzo.

Ya estaban solamente a cuatro kilómetros de Chinguotun. Se sentaron en el suelo a descansar.

Cuando el jefe Chang dirigió una mirada hacia el pie del monte, alguien apareció de repente a su izquierda. Miró al recién llegado. Era Morenita. La criticó por haber acudido allí sin recibir la orden.

Morenita dijo que quería vengar la muerte de su padre. Cuando los guerrilleros vieron a la inteligente niña, que para alcanzarles había corrido con tanto esfuerzo sin arredrarse de la nieve y el frío, se emocionaron mucho y pidieron al jefe Chang que la dejara ir con ellos.

Estaban ya cerca de Chianguotun. Antes, en esta aldea había unos 70 hogares, mientras que ahora quedaban unos 40, como resultado de la política de los japoneses de concentrar a la población en algunos puntos fijos. Con la ayuda de los campesinos, el jefe Chang solía exterminar a numerosas tropas japonesas.

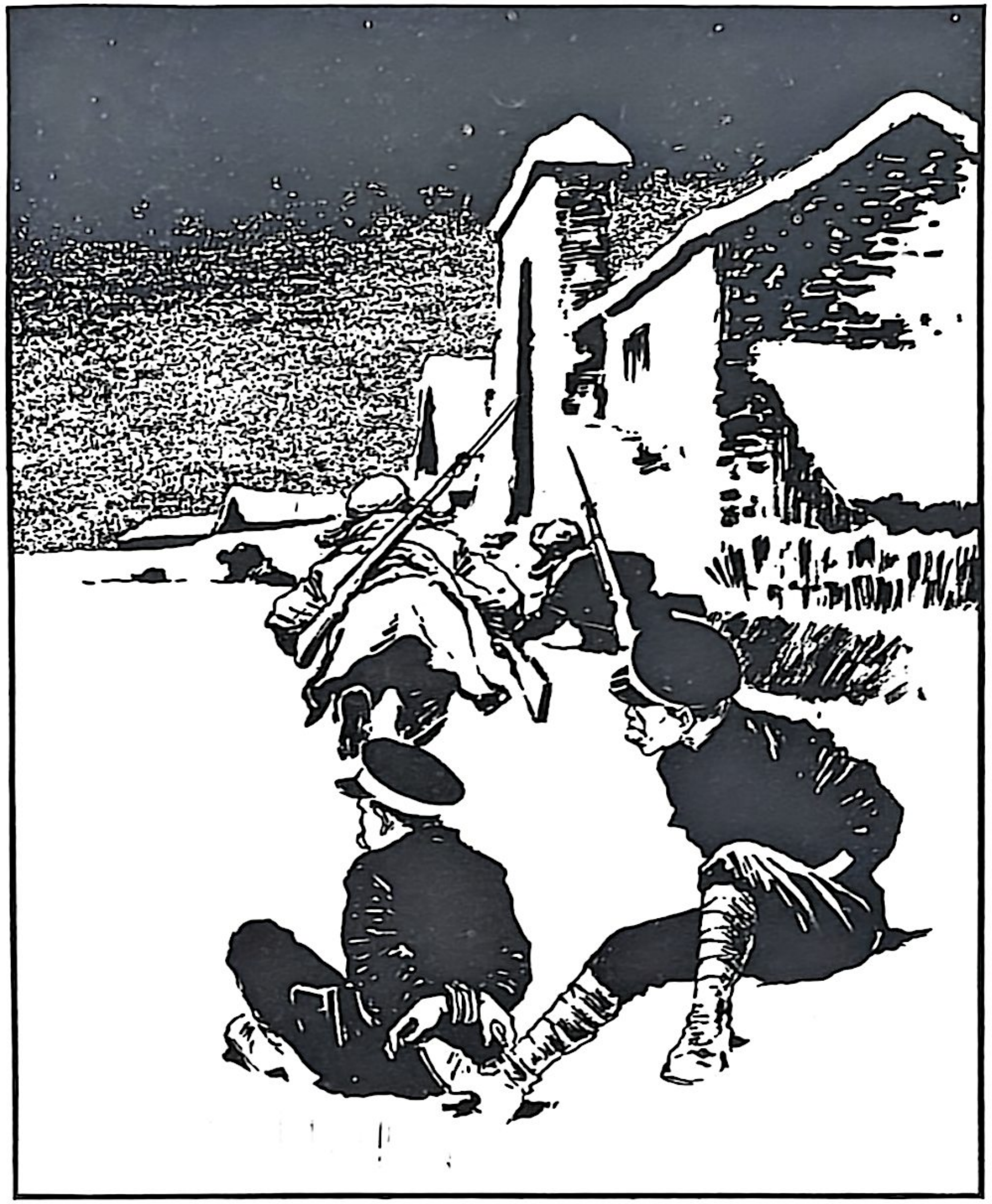


El jefe Chang envió a dos exploradores a la Puerta Este de la aldea. Con sus combatientes cercó la aldea.

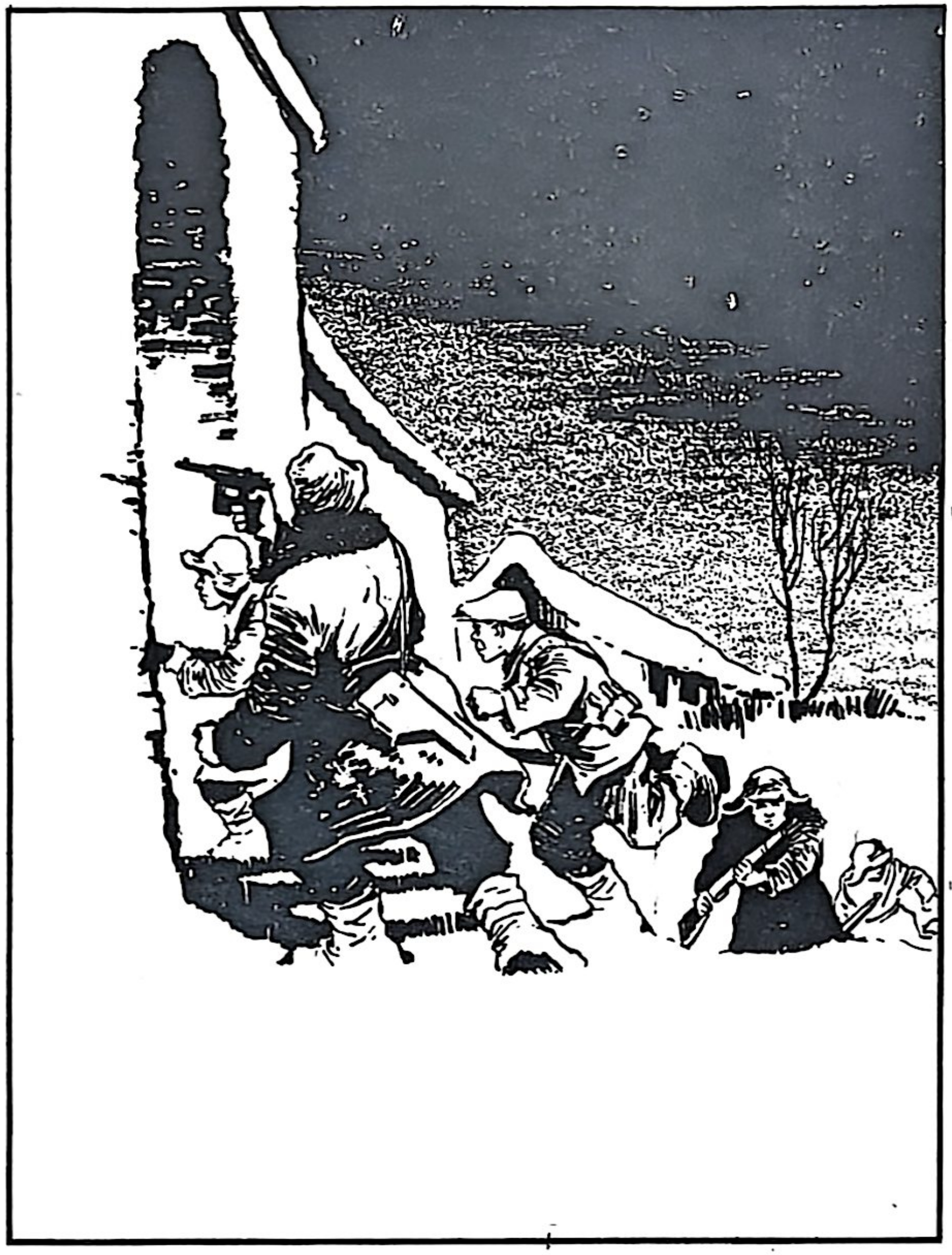
Cuando los centinelas de la Puerta Este vieron acercarse a dos hombres, gritaron: —¡Alto! Mas ellos no respondieron y siguieron adelante como si tal cosa.

Los centinelas enemigos los pararon, les preguntaron quiénes eran y los registraron.

Súbitamente, varios hombres se abalanzaron sobre los centinelas por atrás y los sujetaron.



Los guerrilleros arrancaron los fusiles a los centinelas y los maniataron. Luego, se escondieron en una zanja enfrente de la Puerta.



A continuación, el jefe Chang y algunos de sus hombres entraron silenciosamente por la Puerta Este de la aldea.

El cuartel estaba al extremo sur de la calle de la Puerta Este. En una habitación había luz, allí estaban los guardias jugando a las cartas.

El jefe Chang entró el primero en la habitación, empuñando una pistola. Trás él entró un grupo de personas armadas con rifles. Los guardias quedaron petrificados. Les parecía que los guerrilleros habían caído del cielo.

Los guardias fueron hechos prisioneros. Eran 60 en total. Cuando los guerrilleros los contaron, descubrieron que faltaban cinco. Encerraron a los prisioneros en las habitaciones del fondo del edificio.

Entonces Gordito se encargó de cortar las líneas telefónicas, y Morenita ordenó a los cautivos que ataran sus rifles. Cogió tres granadas y se las colgó del cinto.

Cuando los aldeanos se enteraron de que los hombres del capitán Yang habían entrado en el pueblo, fueron a saludarles. Un anciano de barba gris dijo con légrimas en los ojos: —Lao Chang, me imagino que sus compañeros tienen hambre.

Una anciana llevó a Morenita y a Gordito a su casa para darles panes de maíz.

La anciana, enjugándose las lágrimas, hizo a los muchachitos una pregunta tras otra.

Morenita y Gordito saboreaban los panes de maíz, cuando llegó un camarada y les dijo: — Se ha dado orden de marchar.

Cuando Morenita y Gordito salían de la casa, otra anciana que había oir decir que se marchaban, llegó con un plato de barro en el que les traía tortitas de maíz y les llenó las talegas.

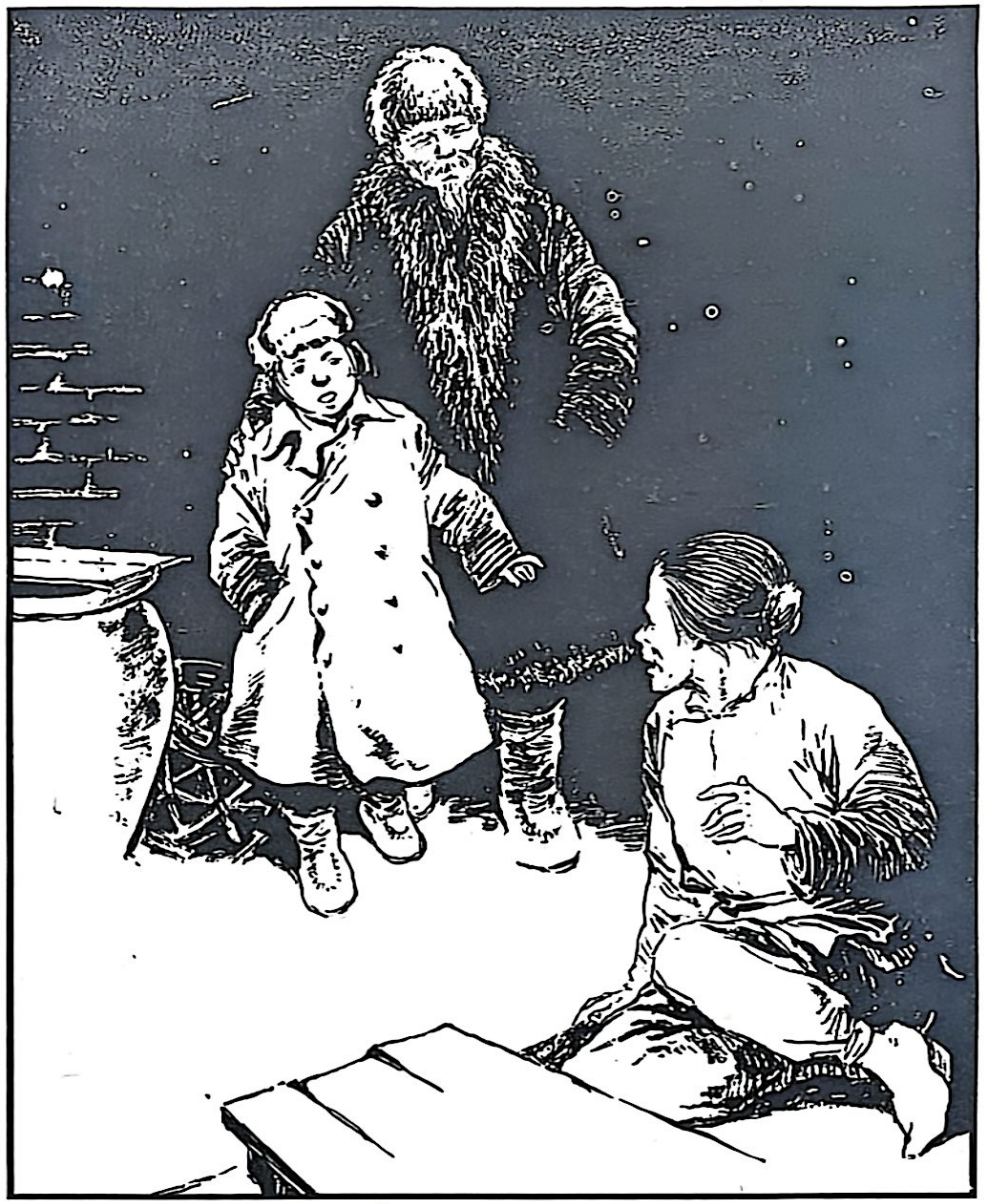
El jefe Chang dijo a sus compañeros que tenían que marcharse inmediatamente. Los guardias de una patrulla, que se habían escapado, informarían de lo ocurrido a los japoneses acampados en las grandes aldeas. Tenía que dejar a alguien que recogiera información acerca de las tropas enemigas encargadas de perseguirles.

Morenita lo supo. — Tío — dijo —, ¿puedo quedarme a cumplir esa misión?

El jefe Chang la miró con cariño y dijo: —Es una misión importante y peligrosa. Tenía la idea de encargársela a Gordito, pero tú puedes pasar desapercibida mejor. Quédate acá, hija. Estoy seguro de que la cumplirás bien.

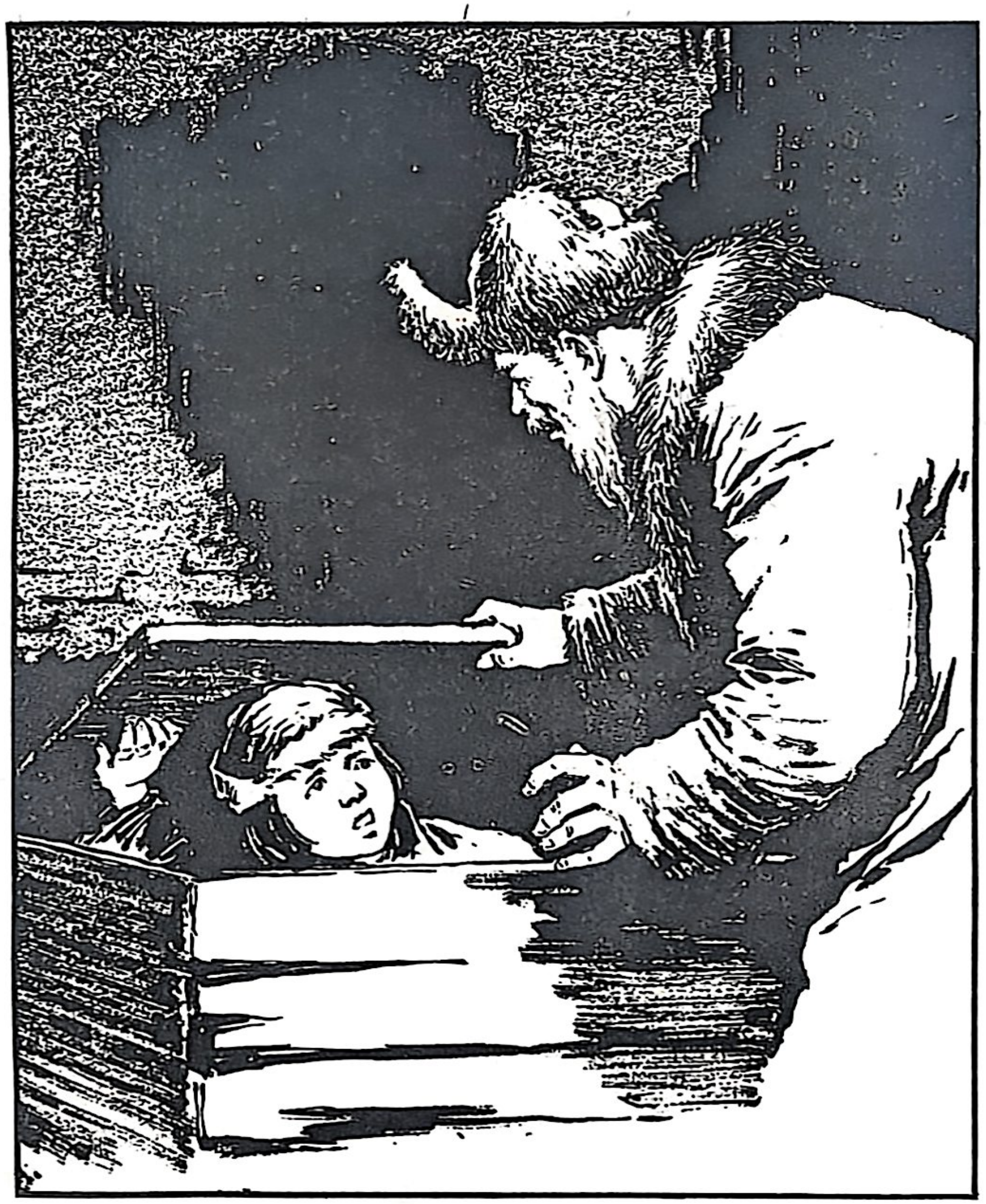
El jefe Chang explicó bien la tarea a Morenita y salió de la aldea con sus compañeros. Antes de su partida, Morenita puso algunas de sus tortitas de maíz en la talega de Gordito y le pidió que se las llevara y las repartiera con los demás camaradas.

De acuerdo con las instrucciones del jefe Chang, Morenita fue a la cuarta casa de techumbre de paja en la parte norte de la calle de la Puerta Este. Llamó silenciosamente a la puerta. Salió un viejo.



Morenita entró y vio a una anciana sentada en el *Kang*. Era la que le había dado las tortitas. La anciana quedó sorprendida al ver a Morenita. Entonces el viejo le dijo que la niña había sido enviada por el jefe Chang.

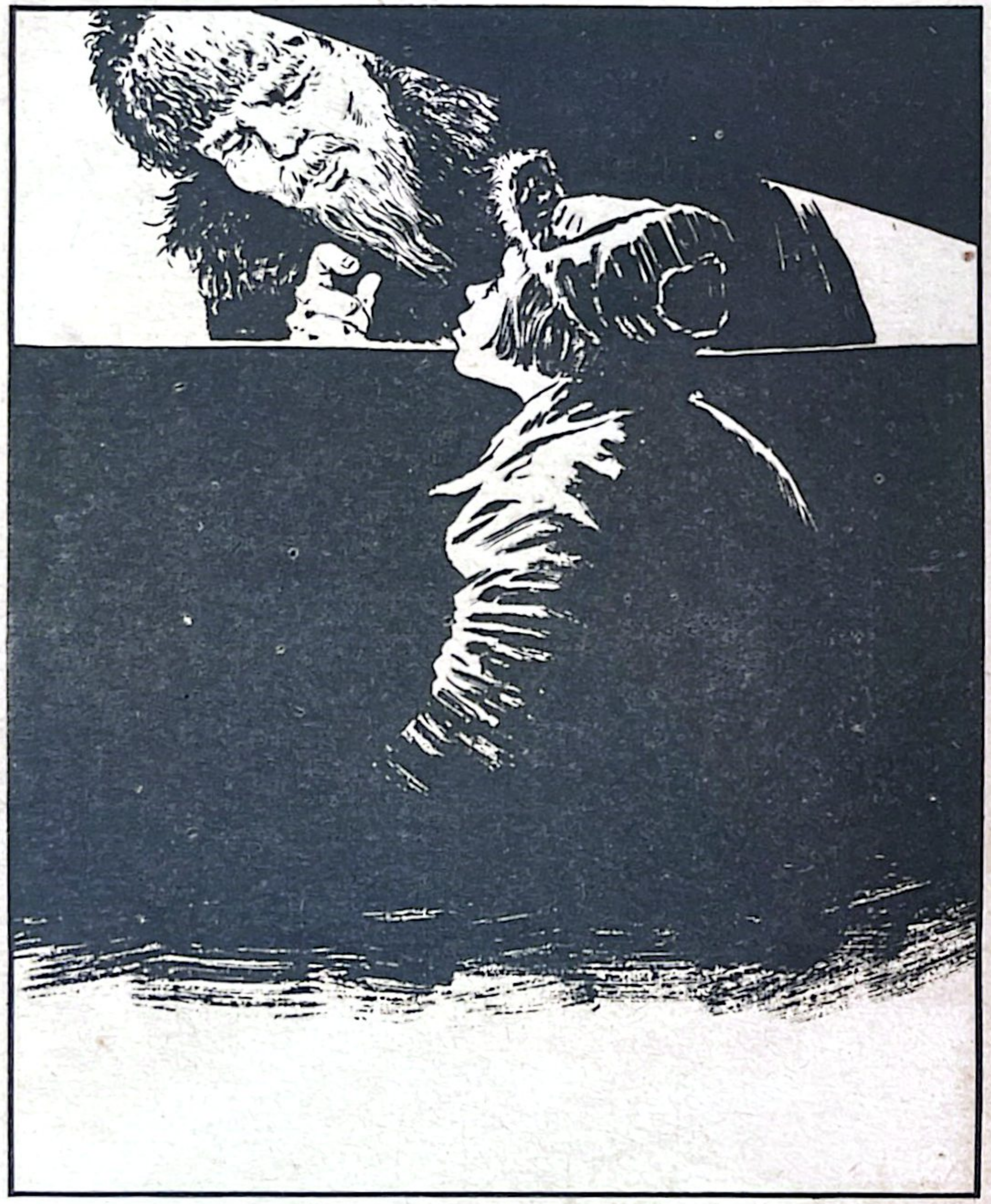
Los ancianos discutieron el asunto y decidieron esconder a Morenita en un cajón, junto a la puerta



De pronto, el viejo levantó la tapa del cajón y dijo a Morenita: — Pronto vendrá alguien a decirnos cuántos japoneses se acercan por el camino.

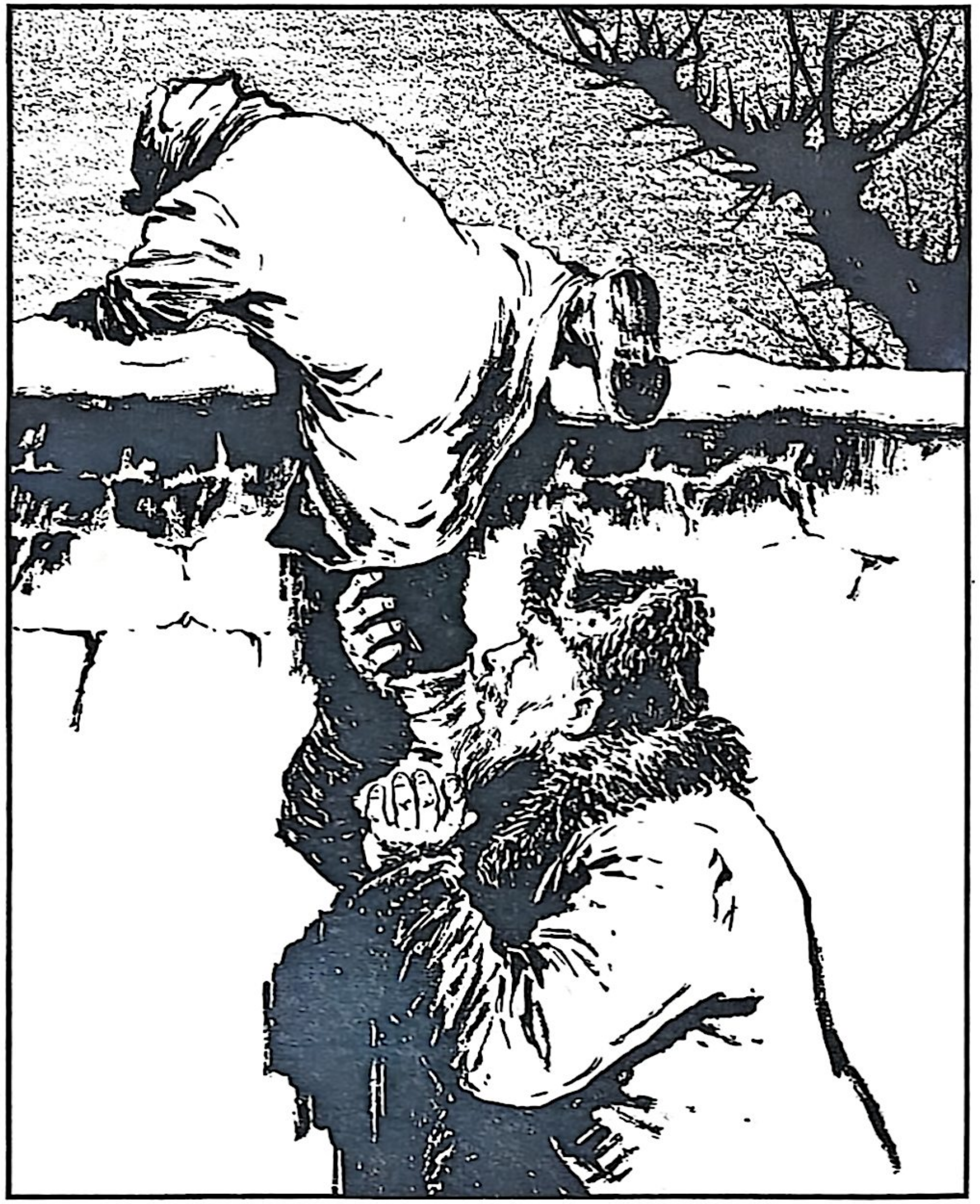
Al rato se oyó a los japoneses numerarse.

Súbitamente, la puerta abrió y entró un viejo. Dijo en voz baja cuántos eran los japoneses y se fue.

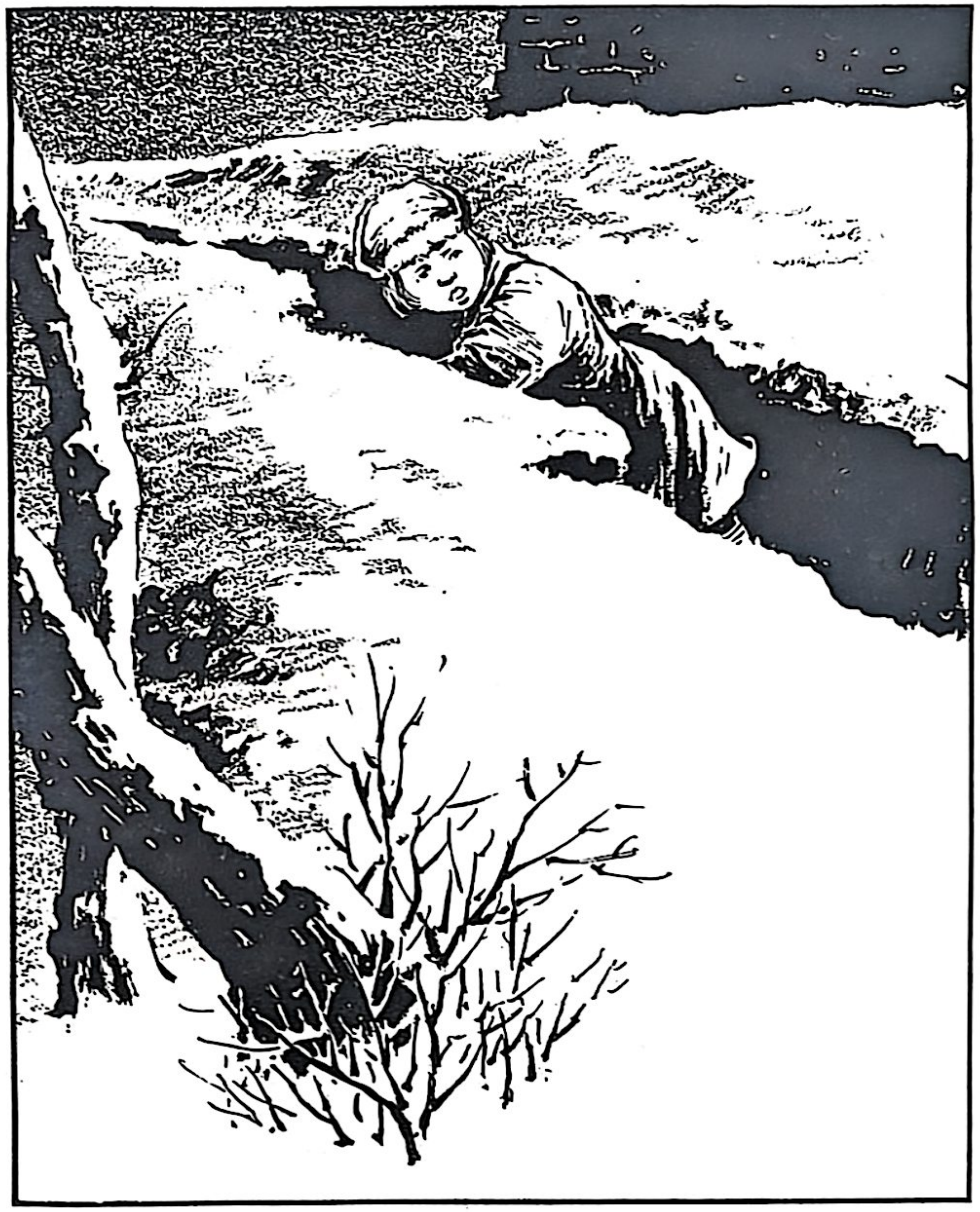


El viejo dijo a Morenita que había 50 soldados japoneses y unos 70 soldados del ejército fantoche con tres ametralladoras ligeras.

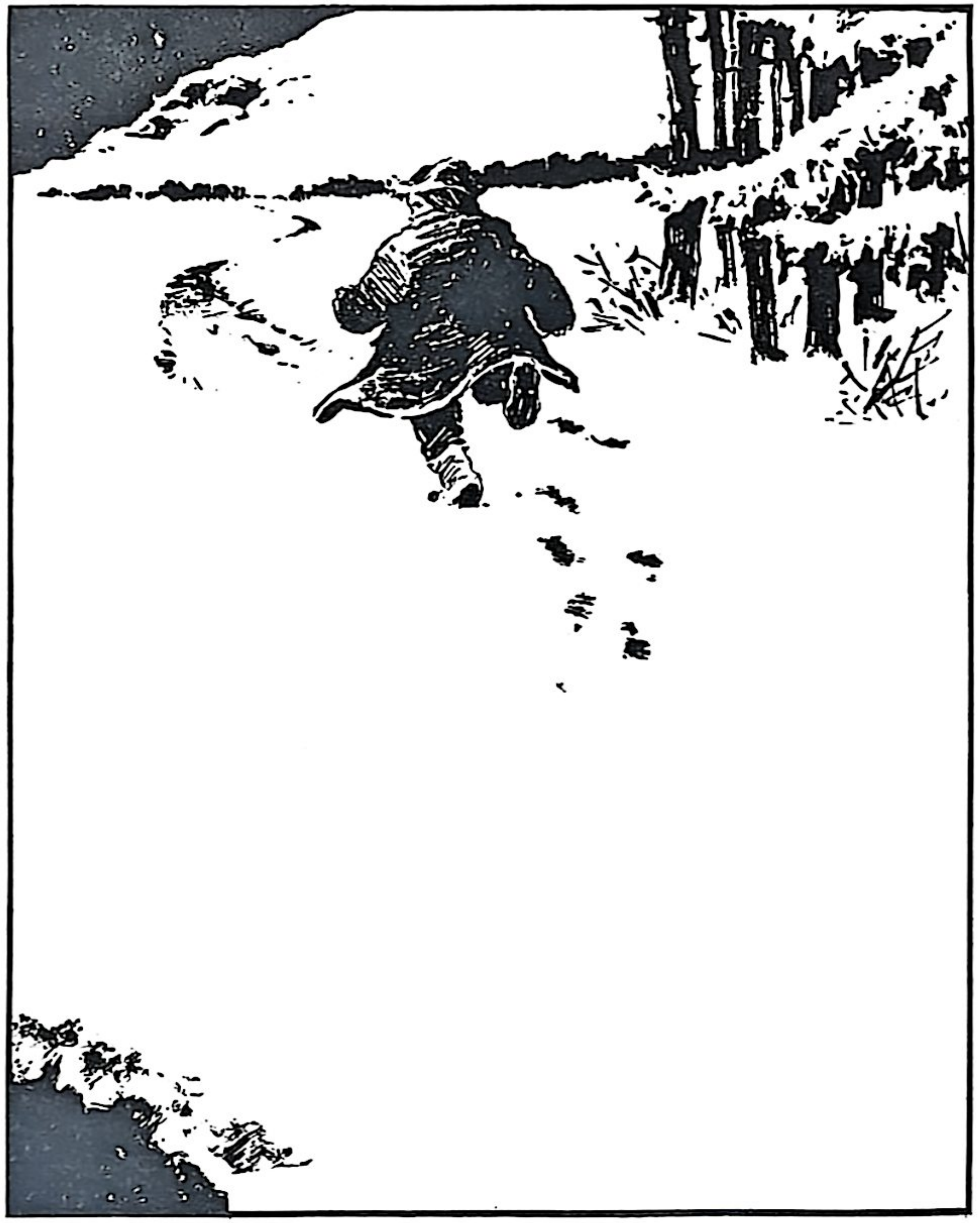
Las tropas japonesas se estaban formando. Aprovechando esta oportunidad, el viejo cogió de la mano a Morenita y la condujo a la puerta trasera. Los dos marcharon precipitadamente hacia el Oeste.



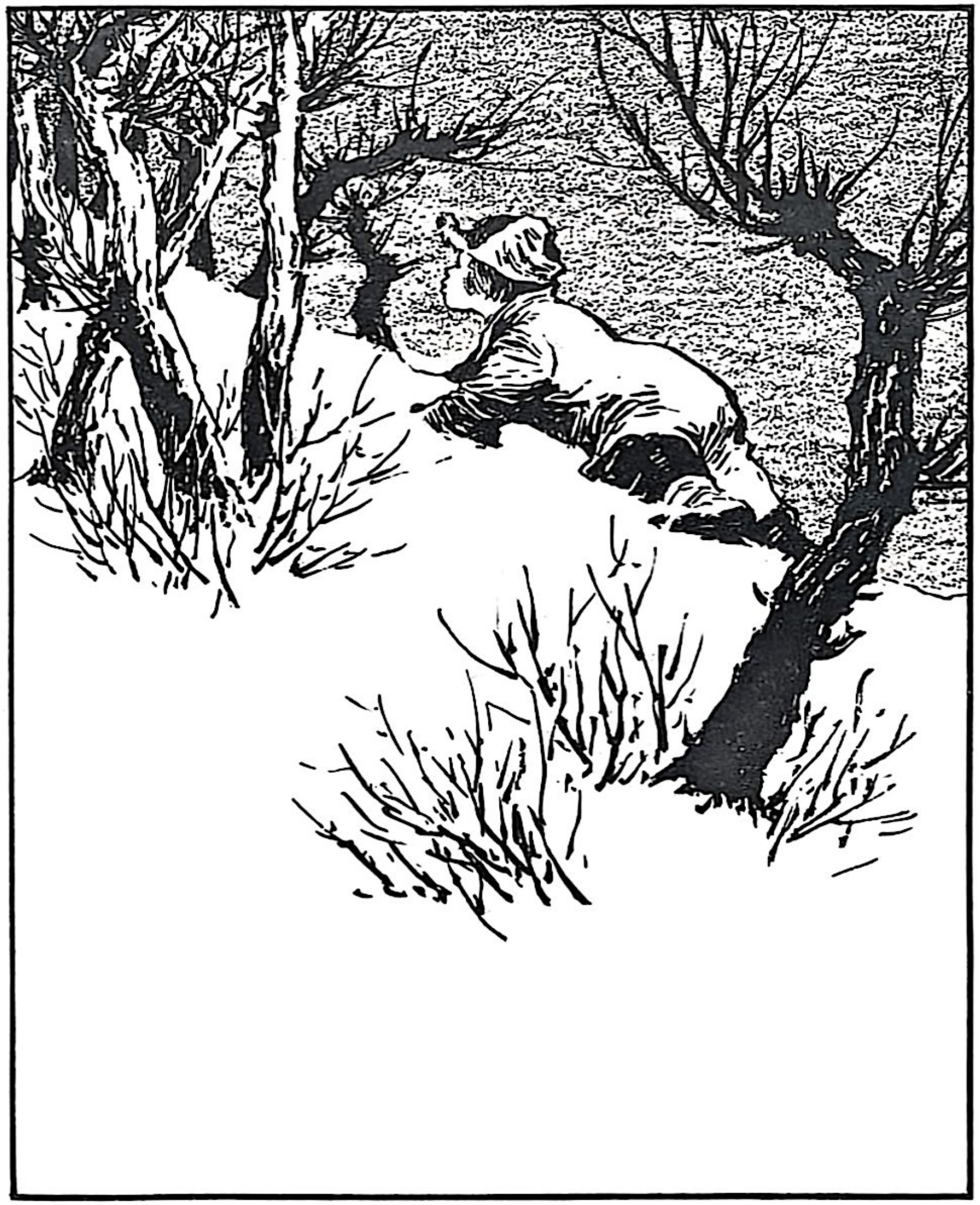
Finalmente, llegaron al pie de la muralla de la aldea. Morenita se subió a los hombros del anciano y se encaramó a lo alto del muro.



Morenita saltó al otro lado, y cayó en una zanja densamente cubierta de nieve. Un haz de luz pasó sobre su cabeza. Morenita se sobresaltó. Podría ser descubierta por el enemigo.

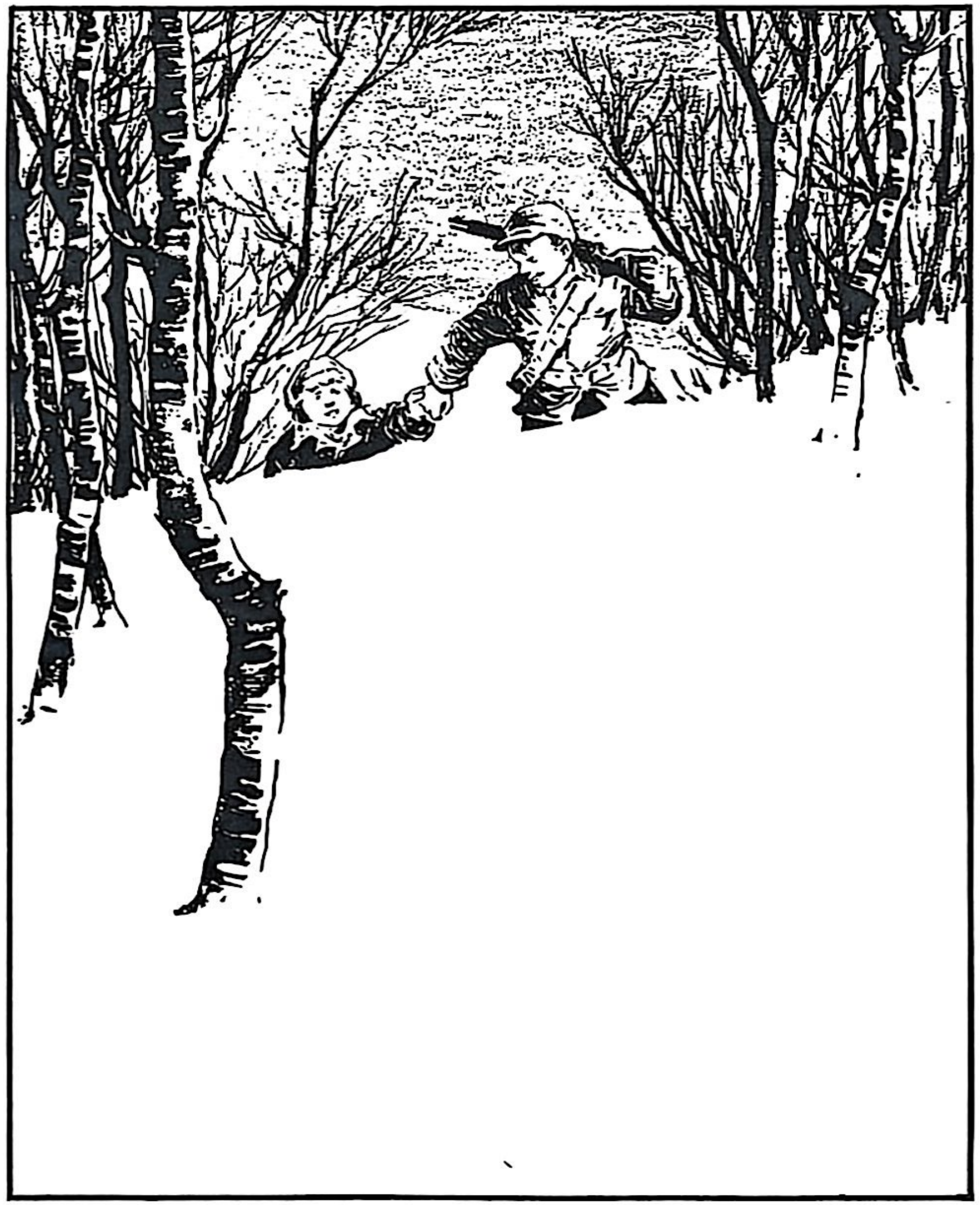


Afortunadamente, Morenita era pequeña y no fue localizada por la luz del reflector. Salió de la zanja y corrió hacia el Oeste, hacia el pie del monte.



Llegó a un bosquecillo. Su chaqueta de algodón estaba empapada en sudor. Aguzó el oído. Había un silencio absoluto. Avanzó por entre los árboles. Frunció los labios y lanzó un silbido agudo. 'o

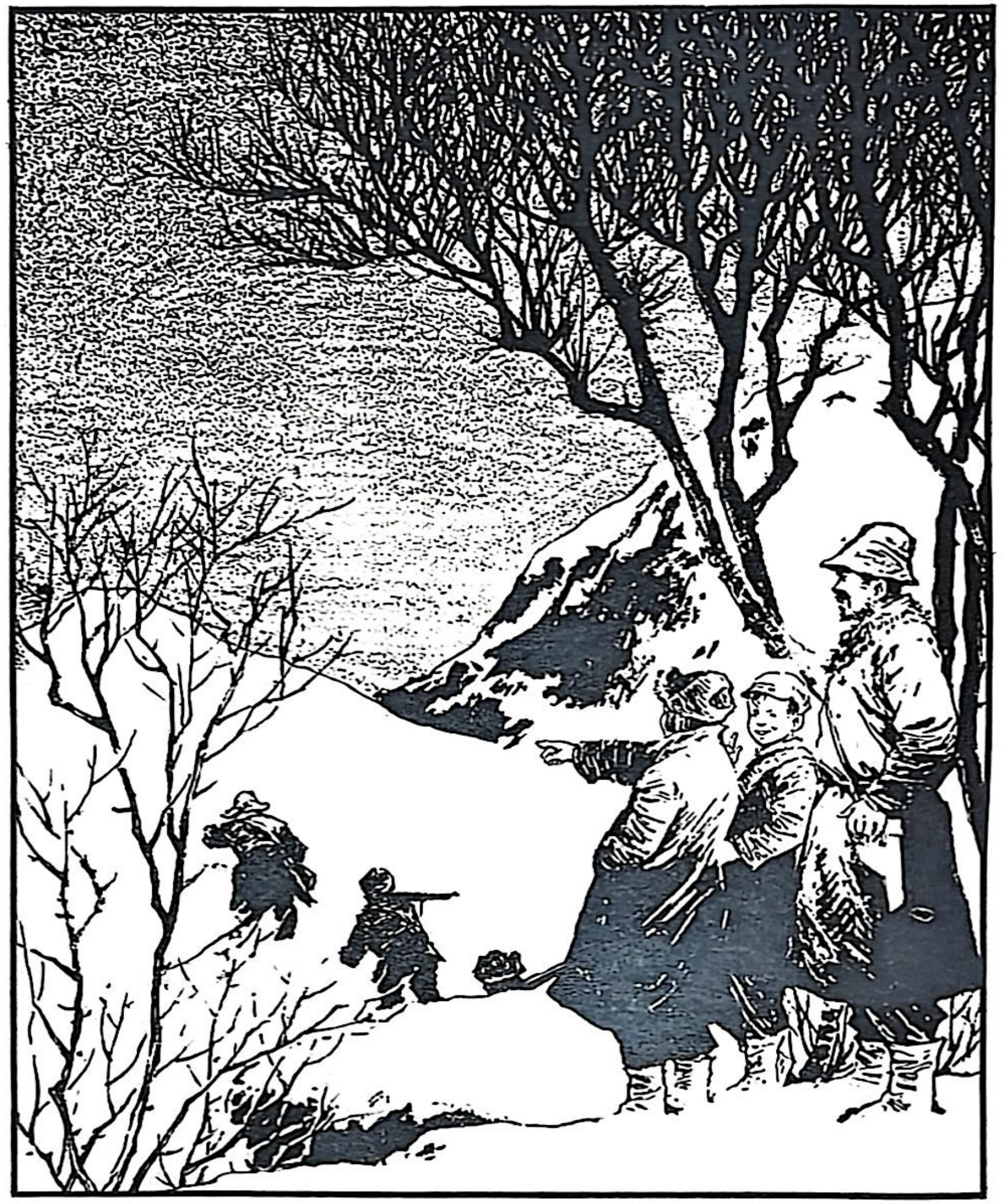
Inmediatamente en lo alto del monte resonó idéntico silbido. Se encaminó hacia el lugar de donde le parecía que salía el silbido, y vio a Gordito bajar corriendo a recibirla. Cuando Morenita y Gordito se despidieron, se habían prometido encontrarse allí.



Los dos subieron al monte cogidos de la mano a buscar al jefe Chang en un bosque de abedules.

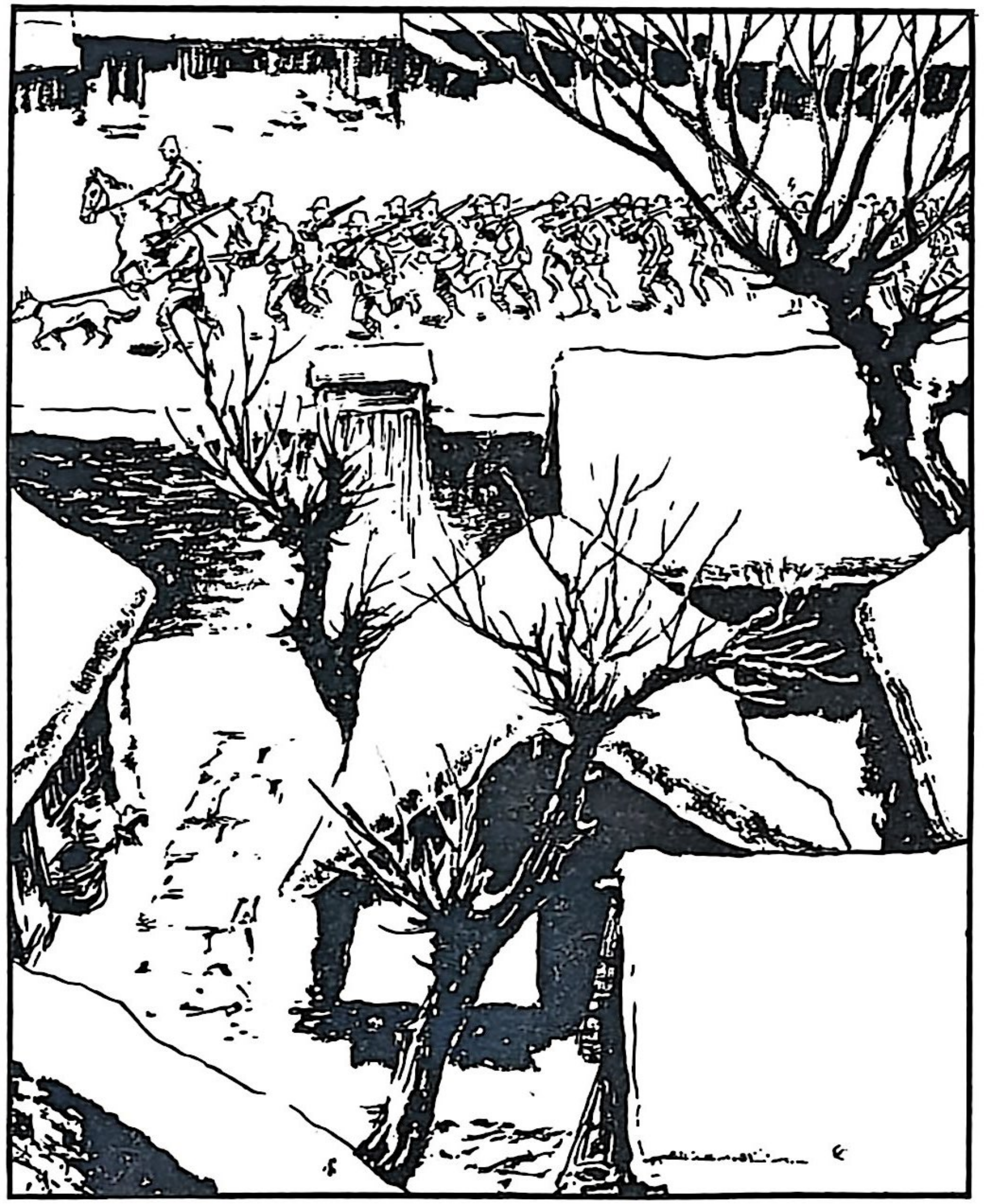
Al jefe Chang, que estaba preocupado por Morenita, se le quitó un peso de encima al ver a los dos muchachitos que venían a lo lejos. Se apresuró a ir a su encuentro.

Al escuchar el informe de Morenita, el jefe Chang volvió presuroso y dijo al cabo Wang: — El enemigo viene. Alerta a nuestros compañeros.



Wang corrió a la cima del monte. Morenita no comprendió lo que iba a hacer. Gordito le dijo que brindaría pronto a los japoneses unos buenos «fuegos artificiales».

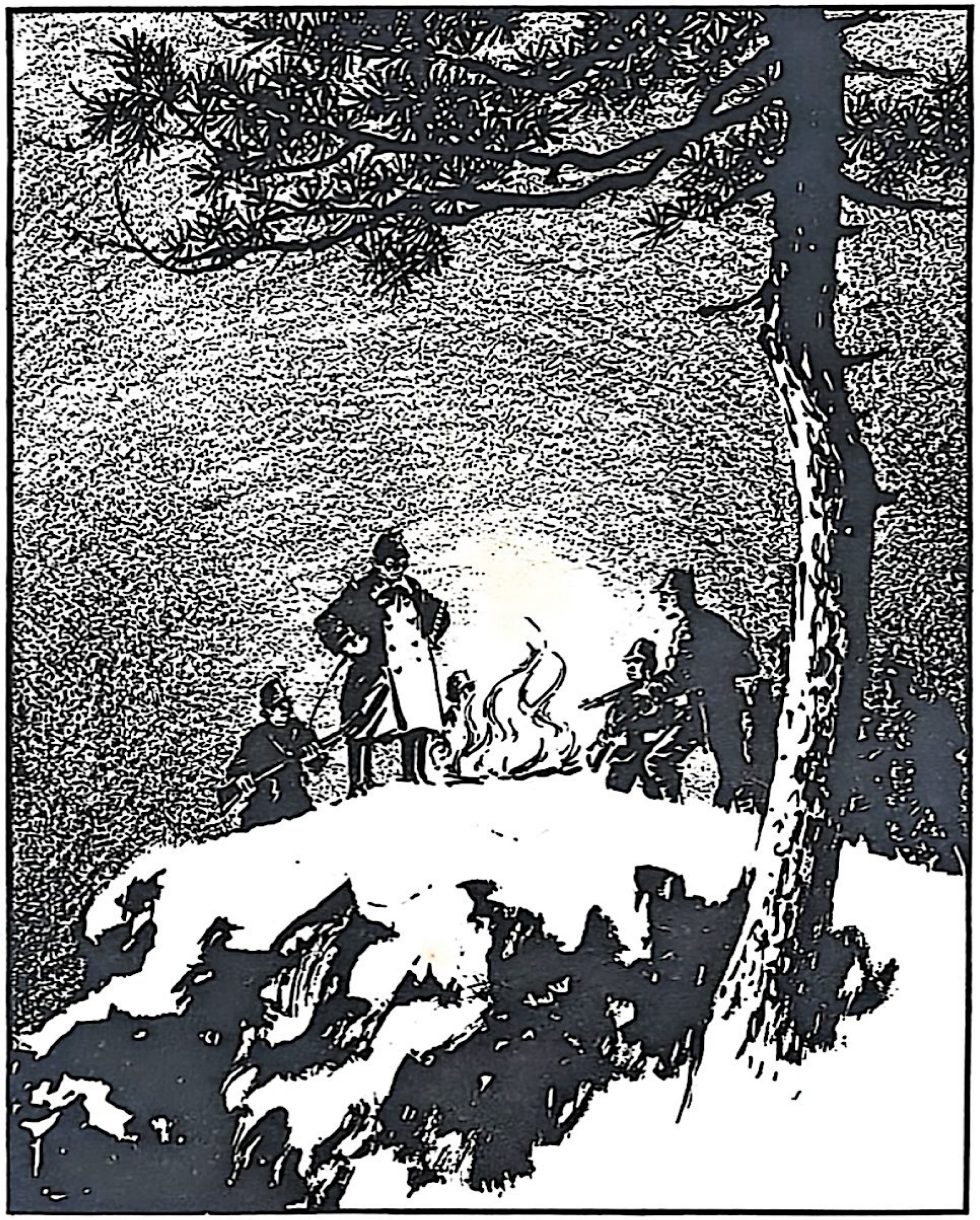
En el pico del monte brilló una luz. Luego, los guerrilleros bajaron y fueron a emboscarse en un desfiladero.



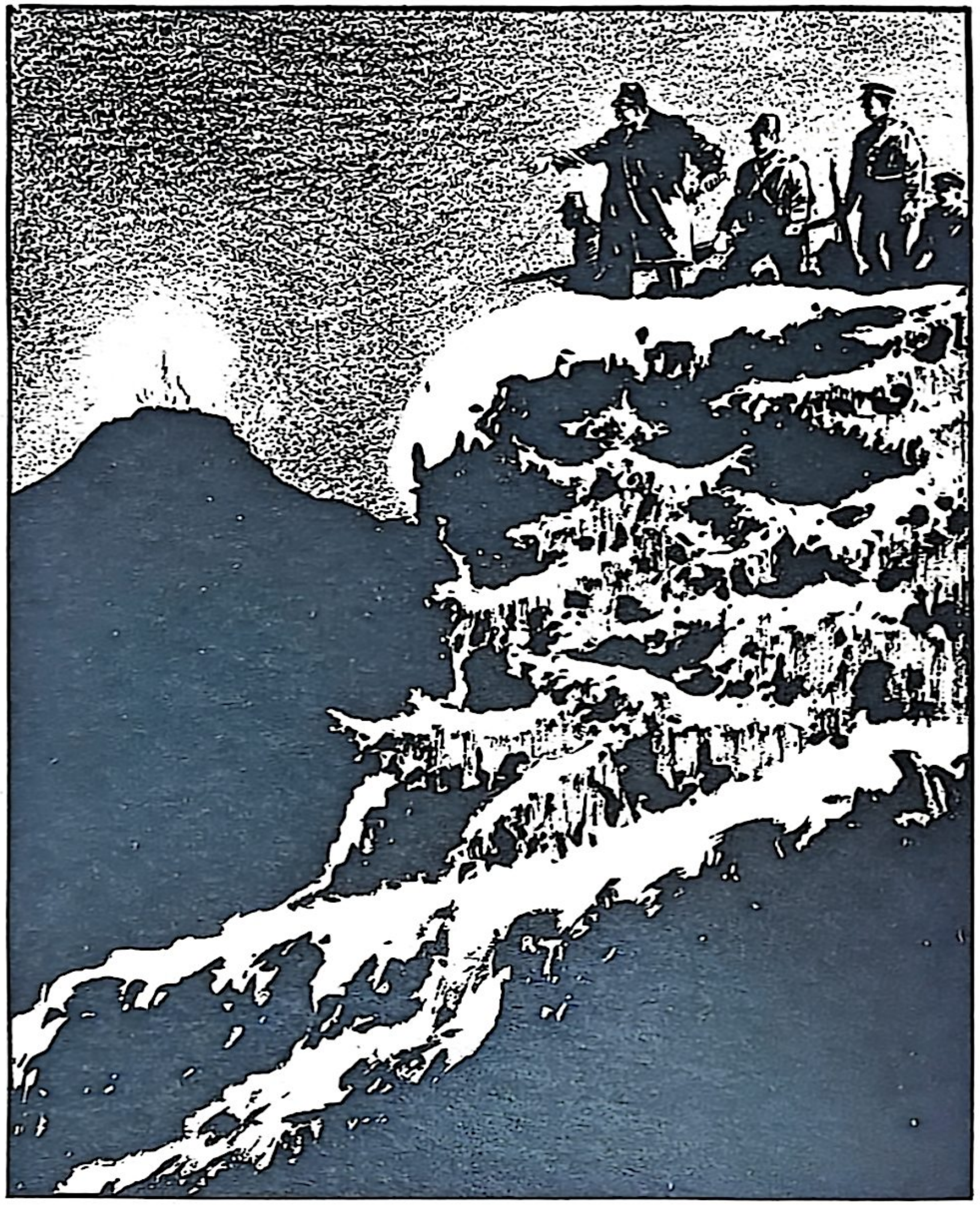
Cuando las tropas japonesas llegaron a Chinguotun, se enteraron de que los guerrilleros se habían llevado provisiones de grano. Se pusieron furiosos y siguieron las huellas de éstos.

Las tropas japonesas marcharon en dirección Este. Vieron una luz en la cumbre del monte. Pensaron que los guerrilleros estaban muy fatigados y se reposaban.

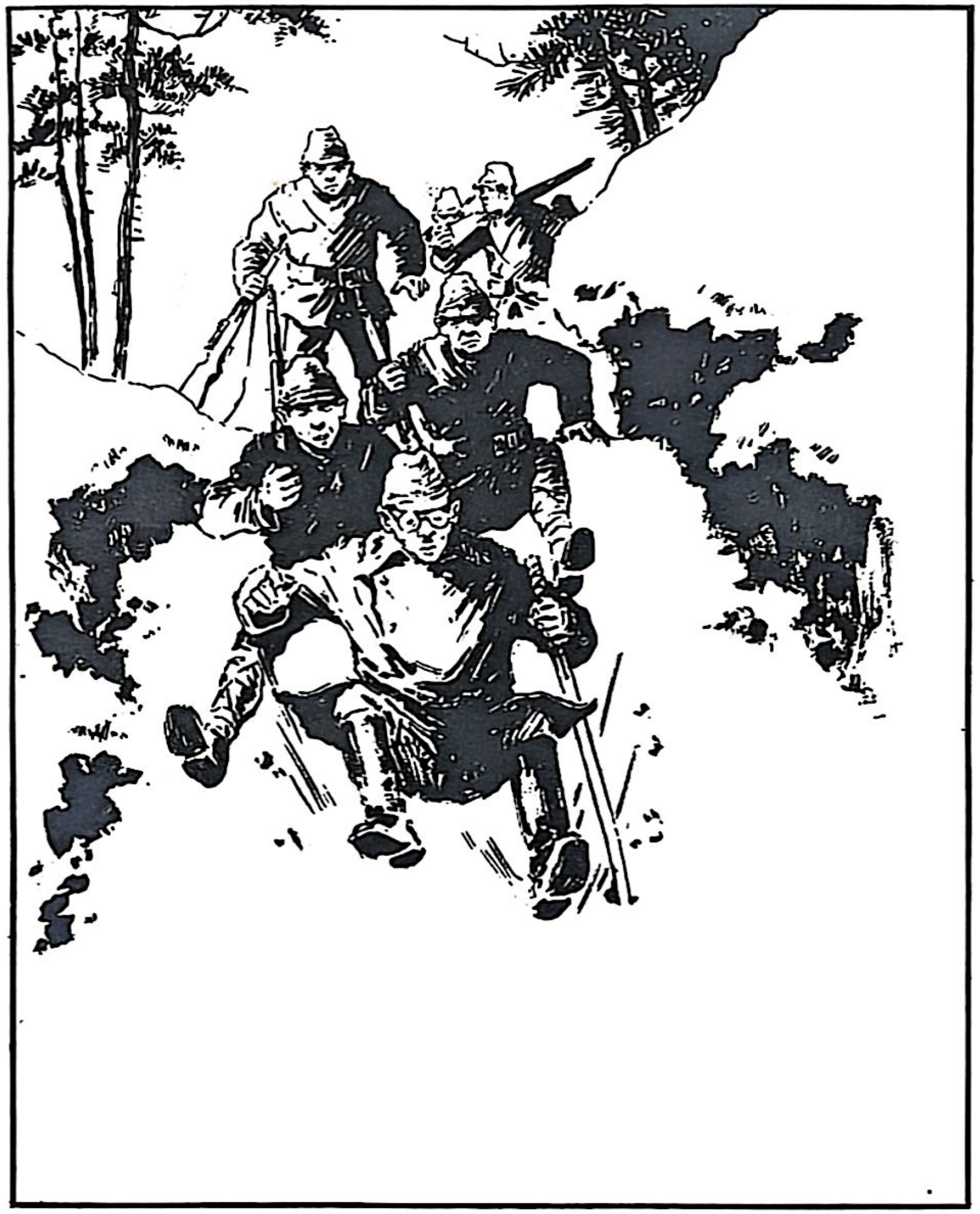
El jefe de las tropas japonesas ordenó a las tropas del ejército fantoche que rodearan el monte mientras él y sus hombres avanzaban. Pensó que los guerrilleros caerían en la trampa.



Las tropas japonesas y las del ejército fantoche se encontraron, como habían previsto, en la cima del Monte, pero contra lo que pensaban, no encontraron nada más que una hoguera que se extinguía.

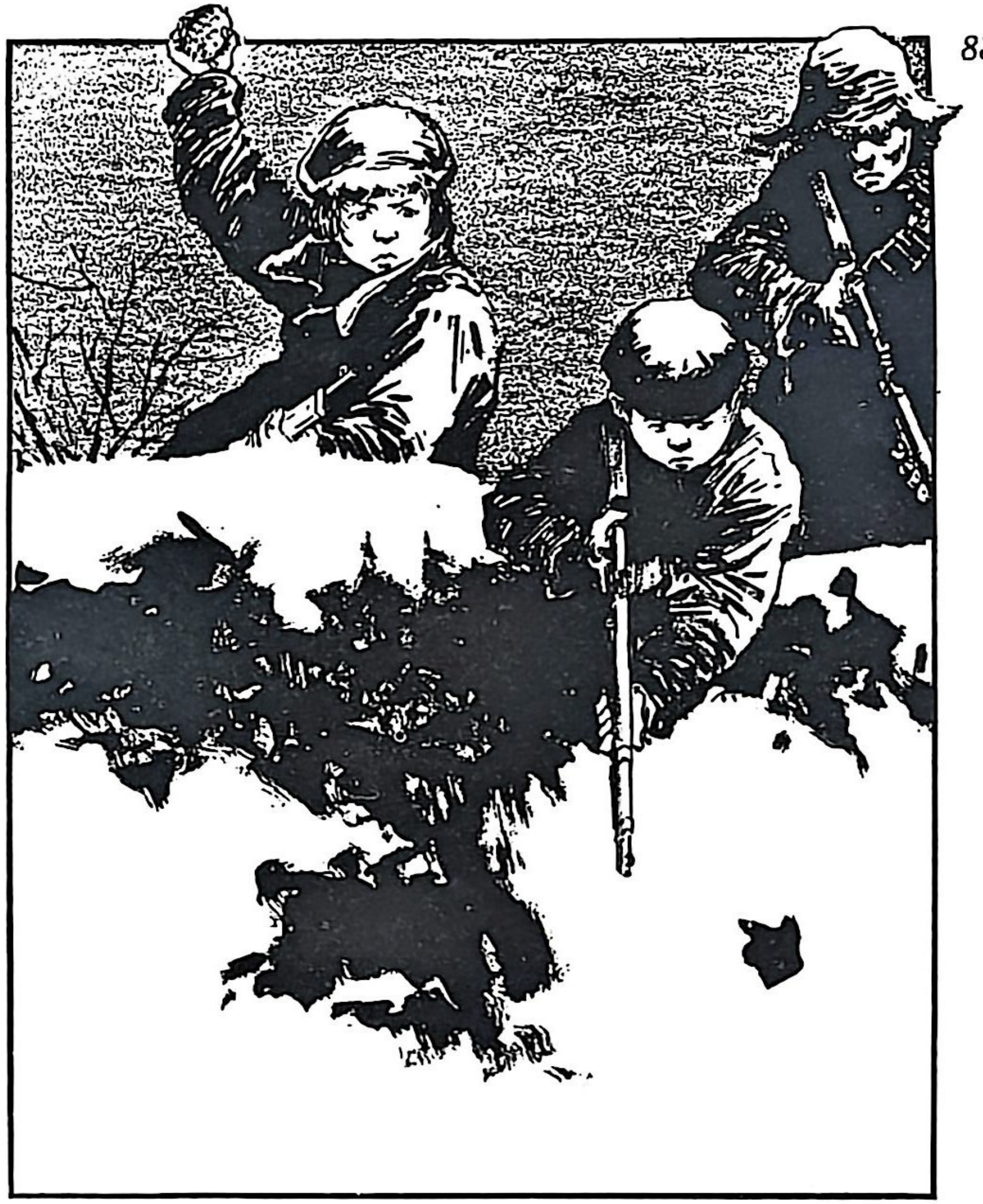


Los japoneses quisieron volver a seguir las huellas de los guerrilleros, mas éstas habían sido borradas por sus propias huellas, y era imposible distinguirlas. Cuando estaban pensando qué harían, vieron otra luz en un monte lejano, al Sur.



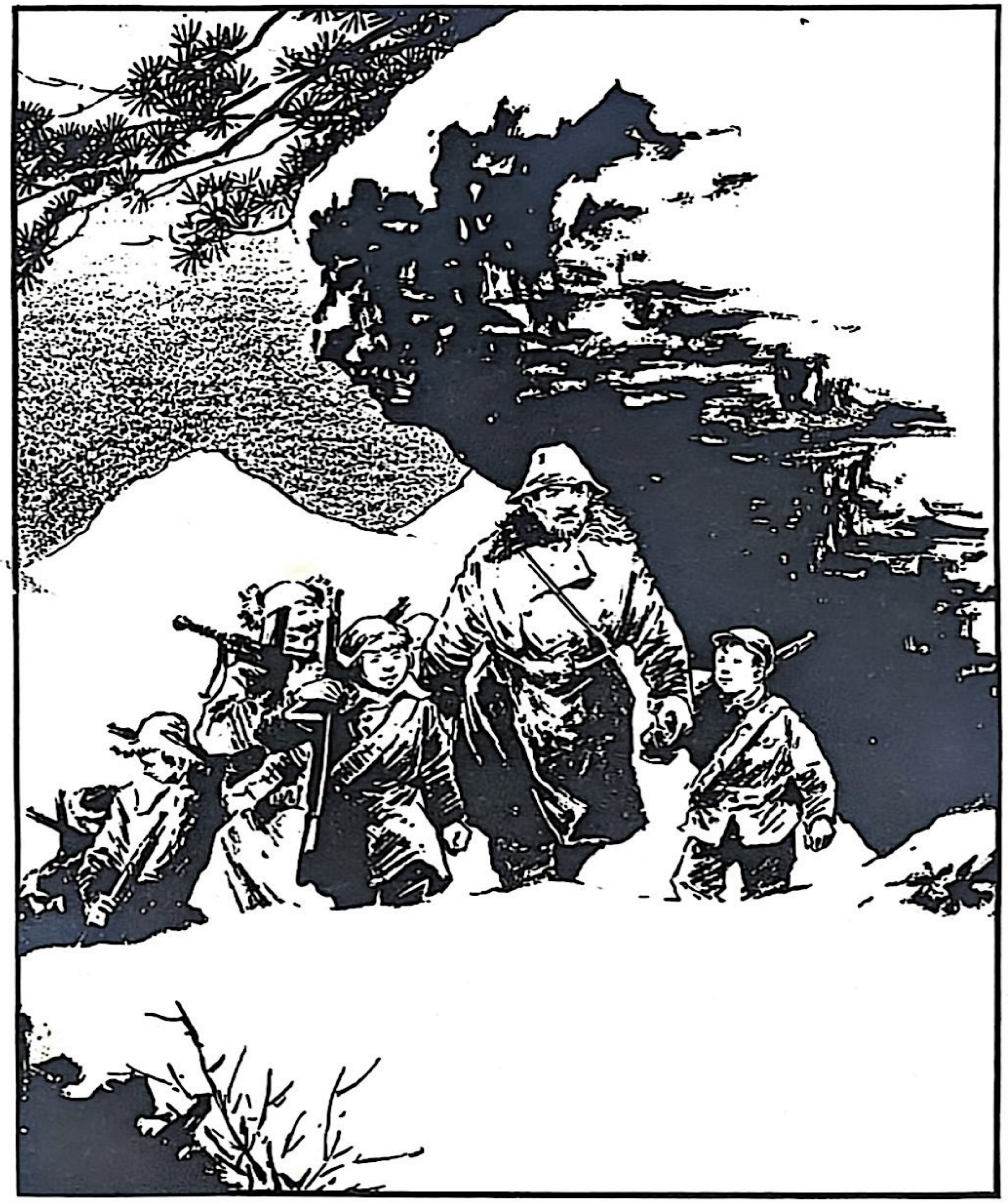
Las tropas japonesas y las del ejército fantoche se encaminaron directamente hacia el Sur.

Al acercarse las tropas enemigas, el jefe Chang dio la señal de rodearlas.



Morenita lanzó una de las granadas que había tomado en Chinguotun. Causó muchas bajas a las tropas enemigas.

En el combate murieron más de setenta soldados enemigos. Los guerrilleros se apoderaron de sesenta fusiles y de una novísima ametralladora ligera. Muchos soldados japoneses y del ejército fantoche fueron hechos prisioneros.



El jefe Chang y sus compañeros recogieron su botín y marcharon hacia el Oeste, hacia su base en Sung-shupo.

Cuando el jefe Chang y sus compañeros regresaron, los pioneros estaban emocionados. Rodearon a Morenita y Gordito, y pusieron en sus manos algunos panes de maíz aún calentitos.

El jefe Chang contó a sus compañeros cómo había cumplido Morenita el encargo de recoger la información que les facilitó el causar grandes bajas a los enemigos y capturar un buen botín. Ensalzó a Morenita diciendo que merecía ser alabada.

Morenita aseguró al jefe Chang y a sus compañeros que obedecería siempre las órdenes y acompañaría a sus «tíos» a luchar contra el enemigo hasta la victoria final.

杨司令的少先队
郭墟著　范一辛绘
*
外文出版社出版（北京）
1958年12月第一版
编号：（西）8050—271